Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

NOVELA INEDITA

Donald Curtis

Diosa de mundos perdidos



EDICIONES FORUM

Donald Curtis

Diosa de mundos perdidos

Donald Curtis

Diosa de mundos perdidos

EDICIONES FORUM

1ª. edición: junio 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S.A. Paseo de Gracia, 88, planta 5.a 08008 Barcelona.

ISBN: 84-7598-145-3
Depósito Legal: M. 18.948-1985
Fotocomposición: Ungraf, S. A.
Pujadas, 77-79. 08005 Barcelona
Impresión: Gráficas FUTURA, Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23.
Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain - Impreso en España, junio 1985

1

El hombre trató de defenderse.

No pudo.

Aquella red sombría, como hecha con jirones de tinieblas viscosas, cayó sobre él de la misma nada. Le envolvió en instantes, pese al forcejeo de sus vigorosos músculos.

La red parecía tener vida propia. Era como un extraño monstruo entrelazado, sinuoso y sutil, que al contacto con la sudorosa piel humana, empezara a contraerse y espesarse, adherido al cuerpo que pugnaba en vano contra aquella amenaza caída del vacío nocturno.

Las estrellas, lejanas y frías, eran mudos testigos del hecho. Un cielo de un azul oscuro, surcado de franjas irisadas de opalescentes colores, aparecía tachonado de astros variantes, de asteroides y cercos de gas luminiscente. Hasta un total de tres lunas pálidas, amarillentas, brillaban tristemente en la noche.

El hombre y la red rodaron por el suelo pedregoso del negro páramo, en sorda lucha que hubiera parecido grotesca y sin sentido a un testigo que no fuesen aquellos cuerpos celestes brillando en la bóveda cósmica.

Porque absurdo era pelear contra lo imposible, aunque esto tuviera la apariencia inanimada y abstracta de una simple tela de araña hecha de tinieblas vivientes. Aquellos sutiles miembros como hilos pegajosos se cerraban ya totalmente en torno a su presa. Los jadeos de ésta, la hinchazón de sus músculos, la furia de su rostro contraído bajo la cabellera revuelta, hablaban ya bien a las claras del fracaso del luchador por recuperar su libertad.

Al final, quedó inmóvil, agotado en tierra. La red negra era una prieta envoltura sobre el cuerpo encogido. Le oprimía de tal modo que incluso respirar le era dificultoso. Parecía que la intención de tan extraño enemigo fuera la de estrujarle hasta matarlo por asfixia o por trituración de sus huesos.

Pero no ocurrió así. Una voz, surgiendo de entre los negros peñascos del yermo, frenó la furia opresiva de la misteriosa red:

— ¡Quieto ya! ¡Es suficiente!

Obediente, la tela de araña se inmovilizó. Su presa sobre el cautivo era lo bastante fuerte como para impedir a éste cualquier movimiento.

De detrás de las rocas emergió una sombra. Luego otra, y otra, y otra…

Rodearon al cautivo. Eran figuras humanas también. Formas semidesnudas, cuya piel broncínea brillaba a la luz de las lunas amarillas. Poseían músculos poderosos, como el prisionero. Pero más armoniosos, menos acentuados bajo la epidermis. El cabello era corto y brillante, como salpicado de cuentas de vidrio o lentejuelas que

reflejaran la luz lunar.

El prisionero miró a las formas vivientes que le rodeaban. Observó que iban armadas, con ojos inyectados en sangre y fiera expresión.

Pese a su fatiga y a que aquellas membranas negras se adherían viscosamente a su cara hasta casi sellar sus labios, pudo formular una simple palabra, áspera y cortante, en la que pretendía expresar a la vez su ira y su desprecio:

— ¡Lesbas!

Hubo risas ahogadas en torno. Sus captoras caminaron a su alrededor, en círculo, contemplándole con regocijo. Al moverse, sus caderas se cimbreaban acentuadamente. Y unos senos poderosos, pechos abundantes y macizos, bailoteaban vibrantes con cada paso.

Eran mujeres.

Mujeres físicamente vigorosas, verdaderas atletas provistas de armas cortantes en sus manos de largas uñas afiladas como garras. Lo que centelleaba en sus cortas melenas era una sustancia luminosa que daba tonalidades espejeantes a sus cabellos.

Una se acercó al prisionero, le hurgó burlona en la larga melena, rió agudamente y después le escupió con violencia al rostro. El preso ni siquiera pudo removerse en su envoltura pegajosa, pero la rabia de la impotencia centelleó en sus enrojecidas pupilas.

— ¡Un zaire! —masculló la hembra, mirándole despreciativa—. ¡Un vulgar macho salvaje!

— ¡Harpía miserable, soltadme de esta repugnante criatura que aprieta mis músculos y os enseñaré lo que es capaz de hacer con vosotras este macho vulgar y salvaje!

Las guerreras soltaron carcajadas divertidas ante su estallido de furia. Se limitaron a bailotear en torno suyo, como celebrando el botín conseguido.

—Sabemos lo que los machos podéis hacer —se mofó otra, acercándose a él y pellizcando cruelmente sus nalgas—. Sólo reproduciros. Nada más. Sois simples bestias para que se conserve la especie.

— ¿Y vosotras qué sois, víboras miserables? —rugió él—. Ni siquiera llegáis a hembras, porque preferís hacer el amor entre vosotras. Pero eso sí, cuando hace falta tener hijos, recurrís a nosotros…

Una bofetada sonora estalló en su mejilla. Eran mujeres fuertes, poderosas. Ese simple golpe hizo brotar sangre de su boca.

—Hijos, no —le replicó—. Son machos, como vosotros. No nos sirven. Sólo queremos hijas. Para eso os capturamos. Ya iba siendo hora de que cazáramos a un zaire importante. Tú lo eres, sin duda. Llevas una cinta dorada en el cabello. Eres un guerrero jefe.

Era cierto. Sujetando la melena del cautivo a la altura de su frente,

una ancha banda dorada, de metal fulgurante, brillaba nítida en la noche. Era un símbolo de autoridad entre los zaires. Y ellas lo sabían bien.

— ¿Cuál es tu nombre, zaire? —preguntó otra, tirándole del cabello con ferocidad.

Él se limitó a mirarla despectivo, sin responder. Varias patadas cayeron sobre su cuerpo encogido e inmóvil.

— ¡Habla, macho asqueroso! —le apremió otra de las hembras guerreras.

—Id al diablo todas —se irritó él, escupiendo sangre.

—Dejadle —frenó una a las demás, evitando que siguieran pateándole sin piedad—. Tal vez la Única desee verlo. Es un jefe, de eso no hay duda.

—Pero Ishtar tiene esta noche diversión... —objetó otra—. Recuerda que dos zaires esperan turno para ella...

—Lo sé muy bien, Mura —asintió la que hablara antes—. De todos modos, puede ser interesante que lo vea y decida.

—Yo había pensado que podíamos darle el elixir ahora —señaló una tercera, burlona, acariciando con uñas tan afiladas y crueles los músculos del prisionero, que dejó en su dura piel surcos de sangre—. Y tratar de que nos permita procrear. Tal vez tengamos suerte y nazca alguna niña...

—Es una buena idea. El tipo es fuerte y resistiría bien hasta una veintena de apareamientos —convino la llamada Mura, que parecía tener más autoridad que las demás—. Alguno podría darnos las hijas que necesitamos. Pero creo que conviene más llevarle al Monte Shamm. Si fuese un vulgar guerrero zaire, no importaría hacer lo que decís y eliminarlo luego aquí mismo. Pero tal vez sea importante entre su gente y nos permita darles un buen escarmiento a esos salvajes rebeldes...

—Estoy de acuerdo con Mura —aceptó otra—. Llevémoslo a Ishtar. Tal vez ella nos lo deje después para nosotras...

—Mucho lo dudo —rió Mura—. Es fuerte y arrogante. Creo que le gustará para ella. Y más aún si es un jefe. Tal vez logre canjearlo por quince o veinte zaires.

El prisionero las escuchaba con furiosa expresión. Trató de quitarles de la cabeza aquellas ilusiones:

—Nunca seré vuestro. No podéis despertar en mí emoción alguna. No sois mujeres; sólo hembras de la especie, sin corazón ni sentimientos humanos.

—No sabes lo que dices —se mofó Mura, dándole una patada en sus ingles—. Podemos hacerte nuestro a voluntad, quieras tú o no. El elixir basta para ello, por mucho que te opongas. Pero no temas, no vas a ser apareado y eliminado aquí. No aún. Te reservamos un mejor

destino: la Diosa de Songar…

— ¡La Diosa! —se estremeció el cautivo al oír ese nombre. Su boca se crispó, en fiero gesto—. Esa víbora maldita… Nunca me humillará.

—No dices más que torpes palabras sin sentido. Hará contigo lo que quiera. Es todopoderosa. Más que nadie en Songar. En marcha, compañeras. Cargad con el prisionero. Vamos al Monte Shamm de Inmediato.

Ellas, obedientes, tomaron del suelo al cautivo envuelto en la red viviente, adherida a sus músculos como una auténtica tela de araña pegajosa y fría, que toda su enorme fortaleza física no podía quebrar.

Luego, ocurrió algo que hubiera sorprendido a cualquier imaginario testigo de aquella escena en el inmenso páramo negro, de basálticas formas desnudas.

Las mujeres y su prisionero se alinearon, formando una recta en dirección a las tres lunas que brillaban en el cielo con aquel dorado, pálido resplandor.

Y, como por arte de magia, un destello de luz brotó a sus pies, formando línea también, hasta abarcar toda la fila de mujeres. Esa luz las envolvió, cegadora.

Cuando se extinguió, todas las guerreras y su cautivo habían desaparecido del páramo. El yermo aparecía desierto, silencioso, sombrío e infinito.

Las lunas seguían brillando en la noche de Songar, por delante de la pléyade fosforescente de galaxias, cúmulos estelares y nebulosas que invadían el cielo.

Las poderosas y crueles guerreras lesbas y su prisionero zaire, habíanse evaporado, como si formaran parte de aquella luz misteriosa, y resplandeciente que les bañara durante breves segundos.

2

Los dos hombres contemplaron deslumbrados a la hembra.

Era la perfección pura. La mujer más hermosa y deseable que todo ser humano puede imaginar. Su cuerpo era una escultura pálida y sensual, de curvas armónicas y provocativas. Su rostro, de grandes ojos rasgados, se enmarcaba en una cabellera negra, reluciente como si cada cabello fuese una hebra de finísimo azabache. Largas piernas, muslos firmes, caderas redondeadas, nalgas agresivas, pechos durísimos y erectos, cuello largo, brazos mórbidos.

Era ella. La Única. Ishtar de Songar. La Diosa.

A sus lados, pebeteros fantásticos emitían llamaradas purpúreas, vapores azulados, de profundo aroma embriagador. Su trono estaba formado de piedra roja con esculturas demoníacas en sus brazos. Tras ella, el cuello de la larga capa escarlata y negra, único ropaje sobre aquel cuerpo sensual y voluptuoso, dibujaba las patas rojizas de una imaginaria araña.

Pero en su abdomen, justo encima del ombligo que marcaba el centro de aquella curva de piel sedosa, brillaba, siniestra, la negra forma de una piedra centelleante, en forma asimismo de araña.

Los dos cautivos la miraban, expectantes. Redes sedosas pero adherentes, envolvían sus musculosos brazos para impedirles luchar. Y sus piernas atléticas, para evitar cualquier intento de fuga.

Alrededor de la fascinadora hembra, sin embargo, nutridas filas de semidesnudas guerreras lesbas hubieran hecho imposible cualquier intento de evasión.

La noche era algo dantesco y fantasmal en la cumbre del Monte Shamm, el punto más elevado del planeta Medas, en el Sistema Solar de Songar.

La Diosa avanzó despacio hacia ellos dos. Les miraba fijamente, con lúbrica expresión de deseo. Sus labios carnosos parecían palpitar en un mórbido ofrecimiento de placeres sin fin. Los cuerpos musculosos de los atletas cautivos temblaban con el apetito carnal. Poco antes sólo sentían miedo, inquietud ante lo inevitable; ahora era distinto. Momentos después de ser ingerido el elixir que les dieran sus feroces y hermosas guardianas, ambos eran presa del anhelo de placeres, de los más ardorosos deseos sexuales.

Y ella, la Diosa, iba a proporcionarles cuanto deseaban. Se leía en sus ojos, encendidos y ávidos, en la mueca apasionada de su boca, en el temblor lascivo de sus senos desnudos, magníficos como marmóreas cumbres de placer en aquel cuerpo turgente y sinuoso.

Su amplísima capa se abrió. Les envolvió como un abrazo a la vez mórbido y siniestro. El cuerpo desnudo de la Diosa, se fundió con el de ellos, bajo aquella envoltura negra y carmesí.

Brotaron gemidos de placer del interior. Temblaban los cuerpos entregados a la lujuria. Los dos machos, desprendidos de su red captora, poseían a la hembra magnífica en una culminación ritual sin precedentes. Ella gozaba, entregada al momento supremo del apareamiento. Las guerreras lesbas, en derredor, se fundieron en un orgiástico coro alumbrado por los demoníacos pebeteros. La noche astral se pobló de jadeos y los cuerpos temblaron, poseídos por la fiebre carnal.

La ceremonia placentera se prolongó. Ambos hombres cautivos cayeron exhaustos, a los pies de su divina poseedora. La hembra aulló de placer, estrujando con sus manos enjoyadas, de largas uñas platinadas, los pechos enhiestos, vibrantes. Miró con desprecio los cuerpos varoniles, musculosos y fuertes, vencidos por su inagotable caudal de apetitos. Los machos jadeaban, temblorosos, vaciados por la hembra triunfante.

— ¡Matadlos ahora! —ordenó ella, tajante, alargando sus brazos en cruz hacia sus fieles guerreras.

Las lesbas dejaron en ese momento de gozar entre sí. La orgía terminó. Los pebeteros llamearon. Uñas feroces se clavaron en la carne varonil, vencida tras la batalla. Los hombres gritaron en su agonía. Luego, las bocas de ellas, al abrir sus labios viciosos, mostraron incisivos largos, agudos como los de una fiera. Incisivos que se clavaron en la carne humana.

Alaridos de dolor y agonía escaparon de labios de los prisioneros exhaustos. Los ojos de Única contemplaron, llameantes, despectivos, a sus víctimas. Éstos carecían de fuerzas para defender siquiera sus propias vidas. Vencidos por la orgía y por el efecto del elixir en su cerebro, ni siquiera intentaban protegerse de las hermosas bocas femeninas, repentinamente sangrantes por los mordiscos sobre la carne humana. Los cuerpos atléticos se cubrieron de sangre en el festín macabro y espeluznante que ponía fin al rito sensual.

La propia Diosa, la bellísima y maligna Ishtar, se precipitó voraz sobre los machos acribillados a mordiscos.

Momentos más tarde, su propia boca se cubría de sangre, mientras pedazos palpitantes de los cuerpos humanos pasaban a ser masticados, deglutidos, engullidos por la canibalesca horda femenina.

El rito tocaba a su fin con el epílogo de siempre en las orgías del Monte Shamm. Las hembras devoraban siempre a sus machos, como humanas mantis de otros mundos.

Corría la sangre por las negras baldosas del castillo de Aracnia, en la cima del Monte Shamm, cuando un caudaloso rayo de luz se posó en la explanada, y una hilera de guerreras lesbas, con un nuevo cautivo macho envuelto en la red viscosa que lo aprisionaba, apareció en el escenario macabro, cual mágica materialización de un imposible.

Ishtar, la bella Diosa de Songar, se volvió hacia los recién llegados, con sus carnosos labios todavía goteando sangre, sus dientes enrojecidos por el horrendo festín.

— ¿A qué venís vosotras ahora? —preguntó ella, con ojos centelleantes.

—Traemos otro cautivo, señora —respondió Mura, respetuosa, señalando a su prisionero—. Es un zaire, un macho con cierta autoridad, mira su distintivo…

—Le veo bien —se aproximó la hembra, cimbreando su sensual figura, hacia el cautivo, que contemplaba con horror la escena—. Sé quién es. Os felicito. Ha sido una buena tarea la vuestra. Me traéis prisionero a Gotz, caudillo de los zaires en persona. Nuestro peor enemigo… Sería buen momento para gozar de él y devorarlo después. Pero acabamos de terminar con dos de sus hombres ahora. Estoy exhausta. Dejadlo en las mazmorras. Servirá para otra noche de placer. De mucho placer, Gotz. Gozaré de ti hasta el final. Y luego serás mi festín… ¡Llevadlo!

Hizo un gesto con su brazo, autoritariamente, antes de volver hacia sus cautivos despedazados, para proseguir el banquete.

Gotz, conducido por sus captoras, pudo dirigir aún una mirada despavorida a la hembra sanguinaria y a sus víctimas medio devoradas.

La sombra de la Diosa Ishtar sobre el muro, dibujada fantasmagóricamente por la luz siniestra de los pebeteros, era la de una enorme araña y no la de una mujer.

Por algo en todo Songar, Ishtar era conocida como la Diosa—Araña de Monte Shamm… Había quien aseguraba que, durante la digestión de los cuerpos humanos devorados por aquella maléfica criatura, su persona se mutaba en un enorme arácnido rojo y negro que palpitaba en repugnante sopor.

Pero eso se decía, simplemente. Nadie lo sabía. Nadie lo había visto jamás. Sin embargo, Ishtar era una mutante de origen remoto, un ser llegado a Songar de lejanos confines desconocidos. Una hembra capaz de todo, incluso de adoptar formas insospechadas, un auténtico espíritu del mal, cuyo poder sobre el sistema solar de Songar, en la galaxia de Isoldia, era absolutamente omnímodo y sin límites.

Gotz sabía que su destino sería idéntico al de sus dos camaradas, que eran ahora manjar para aquellas harpías hermosas y despiadadas. Ya nada ni nadie podría evitarlo.

3

—Roy, me temo que estamos absolutamente perdidos.

— ¿De veras? Yo sabía eso hace ya tiempo.

—Era sólo una sospecha, Roy. Ahora es una convicción. Nos hemos perdido en el Universo. Eso no tiene sentido, pero es así.

—Algo tiene que haberle ocurrido a la nave para esto, Kirk. Resulta ilógico que no podamos reconocer ni una sola de las constelaciones o galaxias que nos rodean.

—No es sólo eso, Roy. Es que todo es absolutamente desconocido, extraño para nosotros. Y eso no es lo peor tampoco. ¿Qué me dices de la computadora de vuelo?

Ahí terció la tercera persona que ocupaba la nave, tras intentar en vano una identificación concreta en el programador de ruta:

—Negativo todo. La computadora no identifica en absoluto la zona espacial en que estamos con ninguna de las cartas celestes que tiene memorizadas.

—Es un disparate, Sheena —protestó el llamado Kirk—. Algo tiene que identificar. Posee incluso documentación hasta más allá de Andrómeda. No hemos podido dar un salto de más de dos millones de años—luz, que es la distancia a que, poco más o menos, puede la computadora localizar e identificar zonas cósmicas con total exactitud.

—Pues sea disparatado o no, nos movemos en una región espacial que la computadora desconoce. Nada de cuanto hay por aquí nos resulta familiar. Ni a la máquina tampoco, pese a toda su memoria repleta de datos.

— ¿No cabe la posibilidad de una avería? —sugirió Kirk.

—Rotundamente, no. La computadora funciona con normalidad en toda clase de procesos. Además, ¿es que también pretendes tener averiados tus propios ojos, Kirk? ¿Conoces acaso a alguna de esas estrellas, galaxias o cúmulos estelares que nos rodean?

—Pues... no —admitió confuso Kirk Orwell frotándose la mandíbula pensativo.

—Yo tampoco —corroboró Roy Larkin—. Por eso digo que estamos perdidos en el espacio, en un Cosmos que nos es totalmente desconocido.

— ¿Un hiperespacio más allá de cuanto podíamos vislumbrar desde la Tierra?

—Tal vez. U otra Dimensión cósmica, no sé. Lo cierto es que incluso a millones de años—luz de Andrómeda nos sería posible ver a ésta en alguna zona del Universo, fuese ante nosotros o a nuestra espalda, arriba o abajo. Y yo no la veo por parte alguna.

—Ni yo —confirmó con un suspiro Sheena Lane, la única mujer de la reducida tripulación del Wotan—2, navegando ahora en aquella

región galáctica absolutamente ignorada para los tres viajeros espaciales.

—Eso podría significar que hemos dado un salto de quince o veinte millones de años—luz —señaló Kirk, sobrecogido, dejándose caer en un asiento de la cabina.

—Podría ser. O quizá más. Un fenómeno físico pudo dispararnos a distancias inmensas, saltar todas las barreras del espacio—tiempo convencional, mientras estuvimos inconscientes al salir de nuestro Sistema Solar.

—Pero de eso hace sólo una semana de nuestro calendario de a bordo, Roy —protestó Kirk—. No es posible un salto semejante...

— ¿Por qué no? ¿Qué sabemos de lo que podía esperar al ser humano más allá de Plutón? Nadie llegó jamás hasta donde hemos llegado nosotros, ¿verdad? Dejamos atrás a Júpiter, a Saturno, a Urano, a Neptuno, al propio Plutón, a ese otro planeta desconocido que vimos quedar a nuestras espaldas, en los mismos confines del sistema solar. Y, de repente, el sopor, ese largo sueño de un día... Un día en el que todo pudo alterarse. Un día en el que salvamos posiblemente el gran abismo del Tiempo y del Espacio, cogidos en alguna vorágine cósmica desconocida, que nos proyectó a este lugar, acaso en otro Universo, acaso en los confines del nuestro, donde nada es ya igual a lo que hemos conocido, incluido el paisaje espacial, las estrellas, los soles, los planetas, las galaxias...

—Y ahora... ¿qué haremos, Roy? —preguntó Sheena pensativa—. Si estás en lo cierto, ¿qué podemos hacer?

—No lo sé —confesó Larkin encogiéndose de hombros—. No sé nada. El problema sobrepasa nuestro entendimiento. No estamos preparados para ello. Supongo que sólo nos queda esperar.

—Esperar ¿qué, Roy? —Quiso saber Kirk—. ¿Acaso la muerte inevitable?

—Si ese es nuestro destino final, ¿por qué no? Hay que aceptar las cosas tal como son. Pero quiero tener una esperanza todavía. No sería lógico que hubiéramos escapado al desastre para terminar así, estúpidamente perdidos para siempre, flotando en una nave espacial convertida en ataúd eterno para los tres. ¿De qué hubiera servido tanto esfuerzo, tanta fortuna como tuvimos para poder escapar de la Tierra antes de que la Luna estallara, provocando el caos total? ¿Para eso hemos sido los tres únicos supervivientes de la Humanidad?

—Tal vez la suerte no nos acompañe siempre, Roy. Tuvimos mucha fortuna en estar trabajando en el experimento del Wotan 2 justo cuando esos locos manipularon tan imprudentemente el nuevo mineral en el laboratorio lunar, provocando la destrucción de nuestro satélite y, con ella, el fin del planeta Tierra en un holocausto estremecedor. Esa fortuna puede faltarnos ahora.

—Opino como Kirk —señaló Sheena—. De no estar en ese preciso instante en el cosmódromo, junto al Wotan 2, ahora seríamos simple polvo disperso en el vacío, como todo nuestro planeta, nuestros amigos, nuestros familiares, todo lo que formaba nuestro entorno y nuestra vida. El habernos librado tan milagrosamente de la catástrofe que destruyó Luna y Tierra, no significa que debamos seguir teniendo la misma suerte en el futuro, Roy.

—Yo quiero pensar que sí —sonrió el aludido serenamente, dirigiendo una mirada a la desconocida masa de estrellas, nebulosas y mundos que eran visibles a través de la pantalla central de la nave—. De momento, seguimos con vida. La nave funciona perfectamente. Y nada hace temer un desastre.

—Pero tú lo dijiste antes: estamos perdidos en un lugar absolutamente desconocido del Universo. ¿Adónde vamos, qué zona es ésta? ¿Qué haremos cuando se nos agoten combustible o alimentos?

—Disponemos de combustible para meses enteros —suspiró Roy—. Y alimentos concentrados y deshidratados para más de un año. En ese tiempo, algo ha de suceder que nos permita tener una oportunidad. Acaso un mundo habitable, un lugar donde posarnos y sobrevivir...

—Y formar otra Humanidad, ¿no? —Comentó con sorna Sheena—. Una Eva... para dos Adanes. ¿Es esa tu teoría de la nueva Creación, Roy?

— ¿Por qué no? —Rió Larkin—. Claro que podemos hacerlo mediante sorteo.

— ¿Sortearme a mí? No, gracias. Prefiero compartiros a los dos —ella soltó una alegre carcajada—. Después de todo, ambos sois jóvenes, guapos... y me gustáis. Si no hay celos entre ambos, podemos formar un triángulo muy interesante. Y así prolongar la especie humana en alguna parte... Como veis, no puedo ser más comprensiva.

—No me gusta bromear con esas cosas, Sheena —se quejó Orwell— Yo perdí a mi esposa, a mi hijo...

—Por Dios, Kirk, olvida todo eso. O al menos, no lo menciones. Hicimos un pacto, ¿recuerdas? —Roy puso su mano en el hombro de su compañero—. Todos perdimos a alguien. No se podía ir a por ellos. No había tiempo ni de dar un solo paso. Sólo entrar en la nave y salir disparados, confiando en que lo que los técnicos esperaban de la Wotan 2 y su vuelo experimental resultara cierto. Tú dejaste allí mujer e hijo, yo a mis padres y hermano, a una chica que me gustaba... Y Sheena a su prometido, a su madre, a sus sobrinos... Todos dejamos amigos, seres y cosas amadas que nunca olvidaremos, pero que se quedaron allí para siempre. Hay que mirar adelante, no atrás. Nos conjuramos los tres en ese sentido cuando vimos estallar el planeta Tierra, ¿recuerdas?

Kirk asintió, sombrío. No era difícil recordar esas cosas. La

catástrofe lunar proyectó sus fragmentos sobre la Tierra, los mares subieron en sus mareas, el agua lo inundó todo… El impacto de los grandes trozos del satélite provocaron enormes cataclismos en el planeta, un silo nuclear americano fue alcanzado, otra base soviética sufrió una alteración radiactiva y voló en mil pedazos.

Fue el principio de un fin rápido y terrorífico. Ahora, Luna y Tierra eran historia en un remoto confín galáctico que no les era posible vislumbrar ni siquiera conectando el sistema radiotelescópico a la computadora.

—Perdonadme —murmuró al fin Kirk amargamente—. No debí mencionarlo. Pero a veces resulta tan difícil apartar los recuerdos de la mente…

—Te comprendemos, Kirk —musitó Sheena, yendo a él y besando su mejilla dulcemente—. Todos tenemos trances así, no eres tú sólo. Pero, como dice Roy, hay que mirar adelante. Tal vez nos espere un futuro en estos confines que ahora recorremos. Hay que tener fe, ¿por qué no? Estamos vi—vos, la nave funciona, disponemos de un largo plazo por delante para intentar algo, lo que sea… Tal vez sea suficiente, con un poco más de suerte.

Como si los hechos quisieran confirmar sus palabras, repentinamente la computadora emitió un parpadeo continuado. La pantalla se tiñó de verde fosforescente.

— ¿Qué es eso? —masculló Roy Larkin, volviéndose vivamente hacia el cuadro de mecanismos electrónicos.

—Alarma, no —señaló Sheena, excitada, precipitándose también hacia los mandos de la máquina—. Mirad, parece que algo nos atrae… Pero es una atracción suave, no violenta. Creo que estamos entrando en un campo gravitatorio…

Pulsó varios botones y teclas. Kirk y Roy, inclinados tras ella, asistían a la manipulación expectantes. Sheena señaló ahora la pantalla.

—Mirad —dijo—. He logrado concretar algo.

La imagen cobró forma. Una enorme esfera verdosa apareció ante ellos, flotando en un paisaje cósmico fascinante. Tras aquella esfera, flotaban jirones nebulosos de una gran galaxia de forma elíptica, como fondo de un incomparable conjunto de estrellas resplandecientes, algunas de ellas gigantes azules, mientras una banda de meteoritos formaba anillo no lejos del planeta, dándole cierta remota semejanza con Saturno.

— ¿Qué es eso? —indagó alarmado Kirk Orwell.

—Un planeta cercano, en una galaxia elíptica bastante grande —dijo con tono excitado Sheena—. Conseguiremos datos sobre él si la computadora funciona correctamente.

Al pie de la imagen transmitida por el monitor de televisión,

comenzaron a formarse cifras y datos computados, en caracteres rojos:

PLANETA DESCONOCIDO. SIN DATOS SOBRE EL MISMO. ATMÓSFERA SIMILAR A LA TERRESTRE. AIRE RESPIRABLE. HUMEDAD ESTABLE. PRESIÓN ATMOSFÉRICA NORMAL. PERTENECE A UN SISTEMA SOLAR CON CENTRO EN UN GIGANTESCO SOL AZUL. POSEE INDICIOS DE VIDA ORGÁNICA. SE DETECTAN AGUA Y VEGETALES. SIN DATOS PARA CALIBRAR SI EXISTE VIDA ANIMAL O HUMANA.

— ¿Lo veis? —Casi gritó Sheena—. ¡Es lo que estábamos buscando! En ese mundo es posible sobrevivir…

—Pero no sabemos nada sobre él —objetó Kirk cauteloso—. Puede estar poblado por monstruos, por animales prehistóricos. O tener veneno en sus aguas, en su atmósfera…

—Si hay vida vegetal, lo dudo. Y si el aire es respirable, a menos que nos afecten posibles bacterias o gérmenes, tampoco resulta demasiado temible si no nos despojamos de nuestros trajes espaciales hasta tener datos concretos fiables sobre la potabilidad de sus aguas y la pureza de su atmósfera.

Sheena tiene razón —concluyó Roy Larkin con energía—. Creo que vale la pena explorar ese mundo. Comprueba si la nave puede realizar la maniobra de aterrizaje sin problemas y sin temor a complicaciones para caso de despegue inmediato.

—Es lo que estoy haciendo —afirmó Sheena, manipulando otra vez los controles electrónicos.

La respuesta llegó a través de las cifras y datos computados en pantalla sobre la nítida imagen del bello planeta verde:

ATERRIZAJE SIN PROBLEMAS. MECANISMOS DE A BORDO EN FUNCIONAMIENTO CORRECTO. REACTORES A PUNTO. RIESGOS EN TIERRA, DESCONOCIDOS. POSIBILIDADES MECÁNICAS DE DESPEGUE, NORMALES.

—He ahí la respuesta —suspiró Roy, esperanzado—. Adelante, Sheena. Vamos a posarnos para exploración. Busca una zona segura, de suelo firme, sin pantanos ni agua. A ser posible, sin selvas, que parecen abundar bastante ahí abajo.

—No lo dirás por ese casquete polar del norte —dijo Kirk señalando la imagen televisada—. Se ve oscura y desolada, como si en vez de hielos la cubrieran zonas de basalto o de ónix.

—Mirad, tiene tres lunas —señaló Sheena las tres formas cercanas, flotando bajo el sol azul de aquel sistema, no lejos del planeta—. Y varios asteroides circundantes, unidos a los meteoritos de ese anillo.

La nave comenzó a perder altura. La Wotan 2, última gran esperanza de la Humanidad para explorar el hiperespacio más allá de su Sistema Solar, descendió lenta, majestuosamente, en dirección al planeta verde envuelto en brumas y nubes.

El silencio se había hecho a bordo, entre los tres supervivientes del lejano planeta Tierra, ahora absortos en la tarea de posarse sobre aquel mundo desconocido, que lo mismo podía significar para ellos una esperanza hecha realidad que un futuro cargado de peligros y amenazas.

Tal vez ninguno de ellos se hubiera sentido demasiado tranquilo en este esperanzado momento, de haber poseído el don de la ubicuidad para estar presentes, a la vez, en una cima casi inaccesible, en la región más desolada y sombría del planeta, allá en su casquete polar septentrional, bajo las brumas casi eternas que envolvían la cumbre del Monte Shamm.

Unos ojos femeninos, crueles y malignos, tan brillantes como los de un reptil y tan astutos como los de un felino, seguían el movimiento lento de aquel brillante objeto plateado, de forma estilizada, que descendía majestuoso del cielo nuboso, en dirección a las regiones más fértiles del planeta, procedente del vacío exterior.

—Una nave extranjera… —murmuró la hermosa Ishtar, la Única, la Reina—Araña de Songar, retrepándose en su rojo trono de piedra con expresión malévola—. Gentes de otros mundos vienen a Medas… ¿Con qué objeto?

Se echó a reír malignamente, sus manos de afiladas uñas y largos dedos se engarfiaron en los pétreos brazos escarlata de su trono, y una mueca diabólica iluminó su semblante con una expresión increíble de crueldad y de perversión.

—Sean quienes sean, tendrán un recibimiento adecuado… —su voz brotó de entre los rojos labios suave, sedosa, como el susurro de un animal agazapado—. De eso va a encargarse la propia Ishtar… ¡Y todas sus fuerzas del Mal, que esos locos desafían con su llegada a un mundo que no les pertenece!

Su agria carcajada retumbó en la lóbrega estancia de Ya Torre Aracnia y pareció despertar profundos y dormidos ecos en los peñascales tenebrosos que la circundaban, allá en lo más alto del Monte Shamm.

4

La primera impresión no podía ser mejor.

Valles profundos, arbolados frondosos, rocas musgosas, cielo despejado, de una extraña tonalidad violácea, e incluso un cauce de agua cristalina, serpenteando entre cañaverales, rumorosa.

Sólo que allí los árboles tenían extraños colores rojizos, el agua era levemente violácea, como el cielo, y las rocas mostraban matices dorados y ocres de sorprendente belleza.

—Es un planeta muy hermoso —señaló Sheena, cautivada.

Los tres astronautas se movieron por aquel suelo alfombrado de hierba rojiza, comprobando en sus indicadores que la presión, temperatura, composición del aire y del agua y otros detalles imprescindibles para la supervivencia, daban unas medidas correctas, adecuadas no sólo para la vida vegetal, sino también para la humana y animal.

—No sólo no hay pantanos ni ciénagas, sino tampoco desiertos ni regiones inhóspitas o geológicamente convulsas —dijo Kirk Orwell, animoso—. Aparentemente, es un vergel.

—Sí, lo es —Roy habló con el ceño fruncido, escudriñándolo todo tras la esfera cristalina de su escafandra espacial—. Pero de todos modos, me parece demasiado hermoso.

— ¿Demasiado? —Se sorprendió Kirk—. ¿Cómo puedes decir eso, Roy?

—Porque hay algo en todo esto que no me gusta.

Y no sabría deciros qué es.

—Yo, sí —terció Sheena de repente, trocando su gesto animoso de antes por otro mucho más cauto—. El silencio.

— ¿Qué? —pestañeó Kirk.

—El silencio. Es total. No hay ni un sonido. No hay pájaros, Kirk. No se escucha a animal viviente alguno. Pese a ser un vergel, como dices, no hay fauna. Raro, ¿no?

—Bueno, tal vez en este planeta no vivan pájaros —objetó Kirk, algo incómodo.

—Tal vez. Pero yo no veo ni una simple oruga o una hormiga —Sheena estaba mirando al suelo atentamente—. Ni rastro de vida animal. Por lo menos, resulta insólito.

—Puede que Kirk tenga razón en eso de los pájaros —apoyó Roy—. Nada nos garantiza que exista vida animal en este paraje. Pero sigo sintiendo la rara impresión de que algo no es lo que parece en este mundo que nos rodea, Sheena.

Se movieron por el valle cautelosamente, sin alejarse demasiado de su nave, posada suavemente sobre un amplio prado, sobre sus reactores de cola, apuntando verticalmente al cielo violáceo, salpicado

de nubecillas irisadas. El resplandor del sol azul era distante pero intenso. Roy calculó que la distancia entre ese sol y el planeta era casi del doble respecto a la de la Tierra y el Sol. Ello daba idea de la magnitud de aquel gigante azul que resplandecía en el cenit.

Inesperadamente, los sensibles micrófonos de los trajes espaciales de los tres terrestres, captaron un sonido próximo.

— ¿Eh? ¿Qué es eso? —jadeó Roy, volviéndose en redondo.

Sheena y Kirk también lo hicieron, llevando la mano a sus pistolas láser. El sonido se repitió, nítido, en sus micrófonos.

—Parece algo o alguien, deslizándose por aquella zona —señaló Kirk hacia una frondosa parte de la ladera, cerca de ellos.

Asintió Roy, dirigiendo hacia allá su arma, con gesto preocupado. Hizo un gesto a sus camaradas.

—Volvamos cautelosamente a la nave —señaló—. Si ha sido un animal el que produjo ese ruido, es de gran tamaño. Los arbustos aún se mueven en su parte alta. Y son capaces de cubrir a una persona en pie...

—Ya no hace ruido —susurró Sheena—. Pero sigue moviéndose. Observa el movimiento de los arbustos.

Roy afirmó, mientras iban reculando con calma hacia la Wotan 2. Súbitamente, otro crujido les llegó del lado opuesto, a espaldas de la nave. Kirk miró en esa dirección, con su dedo a punto de apretar el gatillo del arma.

— ¡Mirad! —susurró—. Otro movimiento en aquellos matorrales... Hay más animales o seres por ahí.

—Me temo que estamos rodeados —apuntó Sheena, con voz tensa —. Veo más movimiento de la espesura en aquel punto, y en aquel otro. Es un cerco perfecto, en torno a la nave y a nosotros tres...

—Preparados a cualquier contingencia —señaló Roy, tajante—. Si nos rodean así, sospecho que se trata de criaturas inteligentes. Sean lo que sean, están calculando matemáticamente su maniobra envolvente...

— ¿Qué hacemos si atacan? ¿Disparar a matar? —susurró Kirk.

—No. De momento, no, a menos que veamos si su propósito es agresivo al máximo. No podemos estar seguros de sí son amigos o enemigos. Nosotros, para ellos, seríamos extraños, una amenaza. Debemos tirar a dejarles inconscientes, sólo eso... a menos que no haya otro remedio y sea preciso matar.

Ajustaron todos la potencia de sus armas láser para ese daño mínimo, y aguardaron, agrupados junto a la nave, espalda con espalda para cubrir todo su entorno.

Y, de repente, se produjo el ataque.

Fue simultáneo, bien calculado, con la precisión de una maniobra guerrera perfectamente medida.

Brotaron de todas partes, lanzando alaridos roncos y salvajes. Sus melenas ondeaban al viento, sus cuerpos hercúleos eran ágiles formas brincando entre arbustos y piedras con simiesca elasticidad. Sus manos empuñaban armas primarias, de rudimentario aspecto, pero todas ellas incisivas o cortantes, especie de lanzas o de espadas toscamente talladas en un extraño metal totalmente azul.

Los tres viajeros del espacio, atónitos, contemplaron a la horda que les atacaba en círculo, como en los viejos tiempos en que en su planeta había

pieles-rojas belicosos, antes de ser masacrados por a bestial raza blanca, en nombre de la civilización. Igual que aquellos míticos luchadores del antiguo Oeste americano, siglos atrás, ahora estos hombres semidesnudos, primitivos y violentos, caían sobre ellos por todas partes, enarbolando sus armas con evidente agresividad.

— ¡Disparad! —Rugió Roy Larkin—. ¡Tirad a darles pero sin causar la muerte a ninguno, si no es absolutamente necesario! Después de todo…, son humanos, como nosotros.

Era cierto. Aquellos seres estaban más o menos desarrollados intelectualmente, pero eran humanoides sin ningún género de duda. Bípedos perfectos, de facciones toscas pero no bestiales, mirada inteligente, frente no tan estrecha como los simios o los hombres prehistóricos de la Tierra, y larga cabellera suelta. Sólo el cabecilla que parecía capitanear el grupo, lucía una ancha cinta plateada ciñendo sus sienes y sujetando su melena.

Las armas láser dispararon. Lenguas de afilado fuego blanco, deslumbrante, silbaron en el aire, pareciendo horadarlo con su fría luminosidad. De haber sido cargas láser a toda potencia, cada ser alcanzado por ellas hubiese sido limpiamente perforado de lado a lado. Pero reducidas a la dosis precisa, al chocar con los poderosos cuerpos atléticos, los lanzaban atrás, con un chisporroteo cegador, provocando en los heridos un grito agudo de terror y de dolor, para dejarlos totalmente inertes en el suelo, en las más grotescas posturas, como petrificados por una extraña magia luminosa.

Los agresores, al verse diezmados tan fácilmente a distancia por aquella luz helada, se detuvieron asombrados, lanzando algunos de ellos sus armas arrojadizas sobre los tres astronautas. Rebotaron en el tejido metalizado de sus trajes espaciales cayendo inofensivas a tierra.

Aquella muestra de invulnerabilidad, les dejó sobrecogidos. Se miraron entre sí, indecisos, retrocediendo unos pasos algunos de ellos. Roy alzó una de sus enguantadas manos.

— ¡Alto! —susurró—. No tiréis mientras no nos ataquen. Eso, tal vez convenza a sus mentes de que no venimos en son de guerra.

El hombre de la cinta plateada parecía vacilar. De repente, con un alarido animal, saltó entre piedras y arbustos con furia homicida,

lanzándose sobre ellos resueltamente, su espada en alto, presta a caer sobre los viajeros del espacio.

Kirk disparó un láser sobre él. Con agilidad increíble, el individuo brincó en el aire, eludiendo el impacto luminoso. Otro disparo de Roy le pasó silbando al eludirlo el guerrero con una ágil finta de costado.

Lo tenían ya muy cerca. Esta vez fue Sheena quien marró el tiro, que le salió desviado de su blanco a causa de la maniobra del melenudo guerrero, rodando sobre sí mismo ladera abajo, hasta sus mismos pies.

Entonces se incorporó, con ojos inflamados por la furia, intentando descargar su espada azul sobre ellos. Visto de cerca, el cuerpo del humano era un manojo de músculos formidables, bajo una epidermis que parecía de puro acero.

Roy logró disparar a tiempo sobre el brazo armado del agresor. El láser estalló en sus dedos con un fogonazo blanco, deslumbrante. El guerrero gritó sordamente, y el arma voló de su mano dañada, que parecía repentinamente sin fuerzas.

Furibundo, pese a su herida, el temible luchador cayó sobre Sheena con toda la fuerza avasalladora de su humanidad. El brazo izquierdo, un auténtico manojo de cables de metal y músculos de bronce, a juzgar por su aspecto, la ciñó en torno al cuello, bajo la escafandra cristalina, que crujió amenazadoramente al ser presionada.

— ¡Quieto, Kirk! —susurró Roy apremiante—. Ha cogido a Sheena. Puede destrozarle la escafandra e incluso el cuello, si se lo propone. Ese hombre tiene una fuerza física brutal. No dispares ahora, podría ser peor.

—Pero puede matar a Sheena... —jadeó Kirk Orwell, alarmado.

—Claro que puede. Sólo que no parece ser su intención, observa.

Ambos hombres miraban al guerrero. Éste apretaba a Sheena, pero al mismo tiempo hablaba guturalmente, con rapidez, usando palabras breves, casi siempre de una o dos sílabas. Por supuesto, no entendieron absolutamente nada de aquel lenguaje.

— ¿Qué diablos quiere decirnos ese mono? —rezongó Kirk, pálido dentro del óvalo vidrioso de su escafandra espacial.

—No lo sé, pero lo imagino. Nos amenaza con dañar a Sheena si intentamos algo. Creo que es un ultimátum. Debemos rendirnos. O la matará.

— ¿Rendirnos? ¿A esa horda salvaje? Es una locura, Roy. Nos harán trizas, estoy seguro.

—Yo no tanto. Si hubiese querido, ese salvaje hubiera triturado ya el cuello de Sheena. Le sobran fuerzas para estrujar el tejido espacial y a nuestra compañera con él. Pero no lo intenta. No quiere matarla... a menos que le obliguemos a ello. Baja el arma. A ver qué ocurre.

De mala gana, Kirk obedeció, bajando su brazo armado. Apuntó

con la pistola láser al suelo. Roy hizo lo mismo.

El guerrero asintió con enérgicos movimientos de cabeza, pero sin soltar su presa sobre la asustada joven. Los ojos dilatados de Sheena, bajo la escafandra, revelaban lo desagradable de su experiencia en brazos de aquel coloso.

Luego, con el brazo libre, que aún mostraba el daño del láser en la mano, hizo un gesto elocuente, señalando al suelo, mientras sus compañeros iban moviéndose, cautos pero inexorables, hacia los astronautas cercados, perdiendo paulatinamente el miedo a sus enemigos.

—Nos está diciendo que tiremos las armas, Kirk —silabeó Roy.

— ¡Eso nunca! No me quedaré desarmado ante esos chimpancés, Roy.

—Haz lo que piden, no pongamos peor las cosas —el arma de Roy golpeó el suelo—. Creo que no son asesinos. Si mostramos buena voluntad, tal vez comprendan que somos gente de paz, Kirk.

—No me gusta correr riesgos así. ¿Y si resulta lo contrario de lo que dices?

—Entonces, estaremos perdidos. Pero Sheena podría ya estar muerta. Y no lo está. ¿Por qué suponer que las cosas van a ser peores cuando estemos desarmados? Kirk, tira tu arma, creo que ese tipo se está impacientando.

Era cierto. El guerrero gesticulaba, señalando su cautiva. Hizo ademán de apretar con más fuerza a Sheena. Ella se agitó, temerosa, entre sus titánicos brazos. Tal sugerencia decidió finalmente a Kirk. Dejó caer su pistola con su juramento irritado. Ambos se quedaron desarmados. Los guerreros, con alaridos de gozo, corrieron a rodearles, formando un cerco apretado en torno a ellos.

El guerrero soltó de inmediato a Sheena. Ella cayó de rodillas, con un quejido, respirando aliviada al sentirse libre de aquella vigorosa garra. Las armas azules fueron enarboladas amenazadoramente hacia ellos.

El hombre de la cinta plateada lanzó un tonante rugido que tuvo la virtud de detener a todos sus adláteres en el acto. Le miraron, respetuosos. El gesto del guerrero fue elocuente. Ordenaba retroceder a sus hombres, bajar las armas.

— ¿Lo ves? —Suspiró Roy—. Les pide que no nos ataquen. Somos sus prisioneros, me temo. Pero no quiere causamos daño. Sabe que pudo haber matado a Sheena. Pero también parece saber muy bien que nosotros le hubiéramos matado a él.

Los hombres iban tranquilizándose al advertir que ellos no usaban ya armas y estaban a su merced. El guerrero que tenía autoridad sobre los demás, hizo un gesto a los tres. Señaló un punto, hacia el sur de aquel valle fértil, con el brazo extendido rígidamente.

—Creo que nos invita a seguirles por voluntad propia —dijo Kirk.

—Sí, así es. Pueden obligarnos, pero no lo hacen. Me pregunto si pretenden, a su modo, mostrarse amistosos.

—Algunos de ellos no lo parecen. Mira sus gestos. Obedecen de mala gana...

—Miran a sus heridos. Creen que están muertos. Cuando comprueben que no es así, tal vez obren de otro modo.

El guerrero se inclinó a recoger sus armas. Las miró curiosamente, con cierta expresión atemorizada. Roy temió que probase con una de ellas a disparar, pero no lo hizo, limitándose a guardarlas en su cintura, recogidas por la cinta del taparrabos.

Alguno de los enemigos abatidos por el láser, empezaban a agitarse, entre quejidos y movimientos espasmódicos. Sus compañeros gritaron, asombrados, apresurándose a ir hacia ellos. Les ayudaron a incorporarse, todavía aturdidos, mientras hacían excitados comentarios entre sí. Su jefe se apresuró a ir hacia ellos, comprobó que donde hiriera la luz blanca sólo había una leve señal rojiza, se volvió a los astronautas e hizo un elocuente gesto de admiración. Parecía evidente que les agradecía la circunstancia de no haber matado a nadie.

Pero eso no impidió que los guerreros les rodeasen en dos prietas filas, empezando a moverse hacia el sur. No les empujaron, pero su intención era evidente: querían que les siguieran sin oponer resistencia.

Algunos de ellos señalaban ya a la nave Wotan 2, con gestos ampulosos. Su jefe arrugó el ceño, escudriñando a distancia la forma plateada posada en el suelo de aquel planeta fértil y luminoso. Pareció estudiar su estructura. Luego, se volvió a Roy y le hizo una pregunta con rápidas palabras guturales.

—Lo siento —Roy Larkin se encogió de hombros—. No entiendo nada, amigo. Llevo encima un pequeño artilugio electrónico que permite traducir instantáneamente lenguas de todo género, incluso idiomas muertos u olvidados, en sólo segundos. Pero me temo que si la manejo, creerías que es un arma y podrías enfurecerte. Más tarde, si llegamos a confiar los unos en los otros, intentaré comprender tu lengua y que tú comprendas la mía a través de mi microtraductor.

Por lógica, tampoco el guerrero entendió palabra de lo que decía Roy. Le miró, perplejo, moviendo la cabeza ante aquellos sonidos que nada le decían, en una lengua mucho más suave que la suya, y transmitidos al exterior con metálica entonación a través del juego de micrófonos y altavoces del traje espacial, y optó por dar una orden gutural a sus hombres, mientras partían en dirección sur. Cinco de sus subordinados se dirigieron arma en ristre hacia la nave. Pero limitándose a situarse en torno de ella, a guisa de centinelas.

—Creo que quieren protegerla de algo —señaló Kirk—. O quizá sólo vigilarla...

—Sea como sea, sospecho que no pretenden entrar en ella. Además, les sería imposible sin los sistemas magnéticos que activan la escotilla. Pero podrían dañar los reactores irreversiblemente, y eso sería mucho peor.

Se alejaron con paso rápido del lugar de aterrizaje, encaminándose hacia el sur del planeta, rodeados por los hombres semidesnudos de larga melena. Pese a que en ningún momento habían sido maltratados, los tres sabían que eran, en realidad, prisioneros de aquellos duros guerreros.

— ¿Y qué va a ocurrir ahora? —Se quejó Sheena, recuperada ya del susto—. Tal vez sólo nos llevan con tanto respeto para convertirnos en víctimas de algún rito salvaje.

—Tal vez, Sheena —admitió gravemente Roy—. Pero no podemos hacer otra cosa que esperar acontecimientos...

La comitiva se alejó, siguiendo el cauce del arroyo entre los peñascales y los rojizos arbustos de la extraña flora del planeta desconocido, rumbo a alguna parte.

Quizá rumbo a su propia muerte.

5

Era un extraño pueblo, un singular hacinamiento de viviendas rudimentarias, sobre una plataforma rocosa, situada al resguardo de un elevado montículo pedregoso, auténtica muralla natural para proteger al poblado de cualquier posible agresión por aquel lado. El opuesto aparecía a su vez resguardado por un abismo cortado a pico, al fondo del cual corría el arroyo rumorosamente.

Para llegar a aquel lugar aislado, había sido preciso remontar un sendero angosto, tallado en la roca viva, y asomado a la sima honda y amenazadora, durante varias horas de fatigosa caminata. El lugar resultaba mucho menos acogedor y paradisíaco que aquél en que ellos se posaran.

—Me recuerda las viejas ilustraciones que representaban a los pueblos remotos en nuestro mundo —comentó Kirk, pensativo, contemplando aquellas toscas edificaciones en piedra, casi todas ellas hemisféricas, en forma de igloo de hielo esquimal, provistas de una abertura de entrada y de una ventana redonda como máximo.

—Sí, tiene mucho de primitivo, de prehistórico, incluso. Es como en los tiempos en que el hombre dejó las cavernas para instalarse en poblados rudimentarios —convino Sheena Lane, moviendo afirmativa su rubia cabeza dentro de la escafandra oval—. Esta gente no es mucho más avanzada en civilización que lo fueron los pueblos bárbaros del norte en la Tierra. Pero parecen menos violentos, menos feroces, al menos hasta el momento.

Pieles de animales curtidas se secaban al sol, junto a las casas de piedra. Era otro indicio de civilización primaria. Pero también de que había animales en aquel mundo. Animales extraños, como la piel de un extraño ejemplar dotado de un único cuerno en el hocico, u otro que mostraba tres jorobas y orejas de elefante en una cabeza más parecida a un murciélago de gran tamaño.

—La fauna de este mundo debe ser fascinante —suspiró Kirk—. ¡Si pudiéramos filmar semejantes ejemplares en vida, Roy...!

—Todo lo que nos rodea es digno de ser filmado —sonrió Larkin—. Pero ¿quién se atreve a extraer la microcámara de vídeo del bolsillo, sin provocar un sobresalto en estas gentes simples e ignorantes, Kirk?

Les señalaron con gestos adustos pero sin violencia una puerta y una casa en concreto. Era una edificación distinta a las demás, de forma cubicular. El cubo de piedra gris mostraba una puerta provista de una especie de piel recubriendo su acceso, a guisa de cortinaje rústico.

Fueron hacia ella, siempre entre dos hileras de guerreros atentos, que no les perdían de vista.

—O nos meten en una prisión especialmente dispuesta para sus

enemigos... o en una especie de residencia para invitados de honor —bromeó Sheena, irónica.

—Quizá sea una mezcla de ambas cosas —señaló

Roy—. Aquí no existen puertas ni cerraduras, pero imagino que ellos se bastan para abortar cualquier intento de fuga. Si no es suficiente por sí solo con ese abismo difícil de salvar sin un guía, o ese enorme peñascal que protege la zona norte del poblado, y tras el cual ignoramos lo que pueda haber...

Entraron en la edificación cubicular. Los muros desnudos eran de piedra viva. No había otro mobiliario que unas pieles tendidas por el suelo y una piedra rectangular que parecía destinada a mesa para alguna ceremonia o, simplemente, para alimentarse en forma algo civilizada.

El guerrero de la cinta en el pelo les dijo algo con su voz gutural, señalándoles las pieles y los muros de la casa con un ademán amplio. Roy enarcó las cejas.

—Imagino que nos dices que no salgamos de aquí, y que este es nuestro hogar por el momento —sonrió—. De acuerdo en todo, amigo. No tenemos otra alternativa, ¿no?

El guerrero le escuchó en silencio, con aire de perplejidad habitual al oír brotar la voz por los sistemas de sonido del atavío espacial. Aunque seguía sin entender nada, hizo un gesto expresivo. Daba por hecho que sus «huéspedes» aceptaban aquel recinto como alojamiento sin objeciones. Su anfitrión abandonó el local con su gente. Pero una mirada por la rendija que dejaba la piel de la entrada, reveló a Roy que tres hombres armados formaban guardia en el exterior, ante la puerta y la angosta ventana, casi una tronera dada su estrechez, incapaz de permitir el paso de un cuerpo humano.

— ¿Habéis notado algo? —señaló Sheena, tras recorrer minuciosamente el cuadrado que formaba la única estancia destinada a ellos—. No hay niños ni mujeres en este poblado. ¿Dónde los guardarán?

—Tal vez en una zona aparte, dado el carácter guerrero de los varones —apuntó Kirk—. Éste puede ser una especie de campamento militar de esa gente. Sin duda están en guerra con alguien.

—Alguien que, por fortuna, no se parece a nosotros —terció Roy pensativo. Paseó por la sala distraídamente, palpando sus recios muros desnudos—. Piedra sólida y a toda prueba, amigos míos. Han debido tallarla con mucho esfuerzo. Y toscamente, eso sí. Es un pueblo rudimentario, de civilización muy poco avanzada para su aspecto general, que no es tan bárbaro ni primitivo como debiera serlo dado su modo de vida.

— ¿A qué atribuyes eso? —se interesó Sheena.

—No lo sé. Puede que antes vivieran mejor y algún suceso en este

planeta alteró sus costumbres y su hábitat normal. Tal vez esa misma guerra de que hablamos en teoría, y que puede datar de décadas... o de siglos.

— ¿Crees que podremos al fin comunicarnos con ellos? —dudó Kirk.

—Eso espero, si nos dan una oportunidad por mínima que sea, de sentarnos amistosamente y poder utilizar el microprocesador de lenguas sin que se asusten pensando que pueda ser un arma como las pistolas láser.

—Por cierto, ¿qué ocurrirá con nuestras armas, Roy? —Preguntó su compañero—. No me gusta saber que están en sus manos. Podría ocurrir incluso que, sin querer, manipulasen erróneamente los mecanismos de disparo y causaran una tragedia entre ellos mismos..., o en nosotros.

—Es un riesgo más a asumir, Kirk —suspiró Roy Larkin pensativo —. Esperemos que todo se solucione en breve.

Sus palabras resultaron casi proféticas.

Porque de inmediato, los acontecimientos se precipitaron en forma súbita y violenta. Una vez más, fue la violencia desatada la que inició esa brusca alteración en torno a los astronautas procedentes del remoto mundo llamado Tierra que existió una vez en un lejano sistema solar del Universo...

Fueron gritos agudos, de vivo terror, y carreras precipitadas allá fuera lo que conmovió la calma aparente del poblado arcaico donde se hallaban.

Roy y Kirk corrieron a la puerta, mientras Sheena elegía la tronera para mirar al exterior en busca de la razón de aquella repentina alarma en el lugar.

— ¡Cielos, algo ocurre! —Gritó Kirk—. ¡Les atacan! ¡Huyen todos despavoridos!

Era cierto. Por entre las casas hemisféricas, los guerreros escapaban, amedrentados, lanzando alaridos de alarma y temor, sus miradas fijas en algún punto por encima de sus cabezas, en el cielo violáceo.

Sombras aladas se dibujaron sobre el suelo y las estructuras de piedra de las viviendas, en movimiento vertiginoso. Eran como planeadores sobrevolando el lugar a baja altura. Pero por el aleteo de sus extremidades, más bien parecían aves, pese a su enorme tamaño.

— ¡Mira eso, Kirk! —señaló Roy alarmado—. ¡Deben ser monstruos prehistóricos parecidos a nuestros pterodáctilos sin duda! ¡Y vienen hacia acá a toda velocidad, perdiendo altura por momentos a juzgar por las sombras que proyectan!

El vigoroso guerrero a quien conocían, el portador de la cinta plateada en la cabeza, apareció ante ellos, gesticulando vivamente y

agitando sus musculosos brazos. Parecía sobrecogido, temeroso por algo, y su mirada era frenética. Les gritó guturalmente algo ininteligible pero que sonaba a advertencia. Luego, señaló a lo alto y les indicó con frenesí el interior de la estancia.

—Nos advierte del peligro—jadeó Sheena—. Y de que debemos permanecer bajo techo... No hay duda de que son enemigos lo que se nos viene encima...

Por si cabía alguna discusión al respecto, una forma alada cayó de repente en pleno poblado, a espaldas del guerrero. Sheena lanzó un grito de horror. Kirk y Roy se miraron, despavoridos, ante la dantesca aparición alada.

— ¡Dios, es un humanoide con alas! —Gruñó Kirk Orwell—. Si es que eso puede ser calificado realmente de humano...

Realmente, no lo parecía, pese a tener piernas, rematadas en pies membranosos, lo mismo que sus extendidas alas, semejantes a las de un gigantesco murciélago. El cuerpo era velludo pero de estructura humanoide, con una cabeza aplastada, de orejas puntiagudas, rostro de rata y fauces babeantes. Cayó sobre dos guerreros que trataron de luchar con su monstruoso enemigo. Fue inútil. El ser alado les aferró con sus garras membranosas, mientras sus alas les golpeaban rabiosamente, cubriéndoles de desgarrones sangrantes todo el cuerpo. Después, la voraz cabeza de la bestia, de volumen muy superior al de un águila real o un cóndor, se precipitó hacia sus enemigos... ¡y de dos mordiscos les arrancó brutalmente las cabezas, soltando luego los cuerpos decapitados!

El horror sacudió a los tres astronautas. Su anfitrión se revolvió, empuñando su espada, para encararse con la bestia alada. Ésta les miraba malignamente, con sus fauces goteando babas y sangre, mientras hacía crujir sus mandíbulas triturando las cabezas devoradas.

— ¡No lograrás nada con tu espada frente a esa bestia, amigo!—rugió Roy, comprendiendo el mortal peligro en que se hallaban ante los feroces caníbales con alas—. ¡Dame nuestras armas, las necesitamos!

Y sin vacilar, alargó sus manos, arrancándole de la cintura las dos pistolas láser, sin que el guerrero tuviera tiempo de oponerse a ello. Después, ya le sobraba con plantar cara al monstruo, que batía sus alas para precipitarse sobre él, con la boca abierta de nuevo, en claro afán devorador.

— ¡Kirk, el láser a tope! —Gritó Roy, moviendo el resorte de su arma, mientras entregaba la otra a su compañero—. ¡Tira a destruir, por lo que más quieras!

Apuntaron con sus armas velozmente a la criatura con alas que volaba rauda hacia el guerrero. Dispararon al mismo tiempo.

Esta vez, el doble chorro que escapó de sus pistolas fue cegador, un

destello delgado, fulgurante, que cayó por dos veces sobre la bestia alada. Ésta se agitó en el aire, en medio de una lluvia de chispas. Su cuerpo no sólo se perforó limpiamente, sino que se abrasó de inmediato. Cayó al suelo convertido en simple carbón.

Atónito, el guerrero les contempló, mirando las armas despavorido. Roy y Kirk salieron al exterior, tras apartar al luchador de su camino.

Sobre el poblado, volaban al menos una docena de aquellos monstruos con alas, persiguiendo a sus víctimas. Más de media docena de aquellos bravos luchadores, yacía descabezada por doquier, entre regueros de sangre.

La voracidad de aquellos seres era realmente pavorosa.

Alzaron sus armas. Cada uno apuntó a un monstruo. Las pistolas comenzaron a llamear. Los fríos rayos láser perforaron cabezas y alas implacablemente, en un constante vomitar de fuego blanco. Los cuerpos alados comenzaron a caer como fruta madura sobre el poblado, convulsionándose en rápida agonía.

— ¡Mi propia arma! ¿Dónde está? —gritó Sheena al guerrero, zarandeándole con energía, y señalando las pistolas de sus camaradas.

El guerrero pareció entender. Tras un momento de indecisión, emitió un grito gutural, llamando a alguien. Acudió otro guerrero, éste de piel oscura, melena rizosa y cinta blanca en torno a su cabeza. Llevaba la pistola que Sheena perdiera en su pelea anterior, como un trofeo de guerra, colgando de su taparrabos. Su compañero se la arrancó sin contemplaciones, ante las protestas airadas del otro, y se la tendió sin vacilar a la astronauta.

—Gracias, amigo —dijo la joven—. Veo que has entendido mis palabras...

Y reguló la potencia de disparo, haciendo fuego de inmediato sobre dos alados atacantes que se lanzaban sobre Kirk y Roy en ese momento. Hizo un doble impacto en ellos, lanzándoles dando tumbos, entre aullidos de agonía, por encima de los techos pétreos del poblado. Cuando tocaron el suelo, estaban muertos y abrasados.

Sólo tres alados agresores quedaban con vida, planeando rabiosamente sobre las casas. Dos descargas láser estallaron cerca de ellos, desparramando un alud de chispas en el vacío. Fue suficiente para decidirles a huir. Pese a ello, todavía en plena fuga, Sheena alcanzó a uno de ellos en las alas. Cayó con éstas ardiendo, al fondo insondable del abismo, donde rebotó lúgubremente, hasta quedar inmóvil. Sus dos compinches se alejaron en el cielo, aleteando furiosamente para escapar a su destino.

Roy respiró hondo, bajando su arma casi agotada.

—Lo hemos logrado —jadeó—. Les vencimos, Kirk. Creo que acabamos de salvamos de una muerte horrible.

—Y salvamos también a esta gente —señaló Kirk—. Cosa que creo

que ellos lo entienden a la perfección…

Así era. El guerrero de la cinta plateada se había puesto ante ellos, rodilla en tierra, en señal de acatamiento y gratitud. Cruzaba sus musculosos brazos sobre el pecho, y su cabeza se inclinaba, ceremoniosa. No tardaron en imitarle todos, paulatinamente. Todos, menos el de la cinta blanca que, con un gruñido airado, dio media vuelta, perdiéndose entre las edificaciones con gesto huraño.

—Creo que nos hemos ganado un puñado de amigos, Roy—rió Sheena.

—Y también un enemigo —añadió Larkin, por el de la cinta blanca —. Pero algo es algo, amigos míos. Tal vez este sea el principio del entendimiento entre esta gente y nosotros…

Y bajando su mano armada, se acercó al musculoso luchador, apoyando una mano en su hombro, en señal de amistad. El otro entendió. Movió la cabeza, afirmativo. Alargó su brazo. La mano, recia y vigorosa, apretó la de Roy Larkin con energía.

Dijo algo. Kirk y Sheena se miraron.

—Tú lo has dicho —convino Orwell—. Creo que ya todos somos amigos…

6

Estaban sentados en las pieles. Rodeando la mesa de piedra de la casa cubicular. Ellos tres, el hombre de la cinta plateada y otros varios guerreros silenciosos, que miraban a sus huéspedes como a auténticos dioses en este momento y no como a prisioneros de guerra o adversarios.

Roy Larkin había extraído de su amplio bolsillo del traje espacial el reducido, plano, pero complejo microordenador de idiomas, verdadero prodigio electrónico capaz de traducir simultáneamente más de treinta idiomas conocidos y, como mínimo, una veintena de posibles lenguas muertas u olvida—das.

Puso el adminículo sobre la mesa, ante él. Los guerreros contemplaron la maquinita con cierta desconfianza, sin entender a dónde iban a parar sus huéspedes tras la copiosa comida ofrecida anteriormente, regada con un extraño pero sabroso vino o licor, de graduación alcohólica y aroma suave.

Roy no dijo nada. Sabía que era inútil, porque la barrera del idioma no se había podido romper aún. Pulsó el botón de funcionamiento del microtraductor, dirigiendo una mirada a su interlocutor.

—Espero que esto resulte, y nuestro ingenio pueda traducir tu lengua de modo coherente para nosotros, y viceversa. Si esto falla, habremos perdido la única ocasión para un entendimiento rápido y eficaz entre nosotros, amigo mío.

Esperó a que hablase el otro. Cuando ello sucediera, los microcircuitos del pequeño y complejo mecanismo electrónico actuarían adecuadamente en busca de la traducción precisa. Para ello, Roy señaló su lengua y le hizo un gesto expresivo al guerrero de la cinta plateada. Éste asintió, entendiendo. Y comenzó a hablar guturalmente, de forma extensa.

Roy escuchaba, sin entender, la mirada fija en la pantallita del microtraductor. Dominó un estremecimiento de excitación cuando en ésta parpadeó una luz verde. Kirk lanzó una imprecación de alegría. Sheena fue más concreta al comentar:

—La máquina entiende esa lengua, Roy... Ha captado los sonidos y les da forma. Está empezando a traducir...

Así era. Unos momentos más tarde, para asombro de los guerreros, la máquina comenzó a hablar. Sus metálicos sonidos brotaron del mecanismo suavemente. Empezaban a traducir para Roy, mientras los caracteres pronunciados se escribían luminosos en la pantallita:

—«Soy Yamog, guerrero zaire. Mi jefe es Gotz, el caudillo zaire. Os estamos muy agradecidos por todo. Erais nuestros prisioneros. Ahora sois amigos. Os debemos la vida. Vencisteis a los icarios con vuestras armas destructivas. Gracias por ello, extranjeros.»

Roy humedeció sus labios. Los tres astronautas se miraron, esperanzados. Larkin meneó afirmativo la cabeza. Miró a la máquina al hablar: —Ahora, esperemos que pueda hacer la operación inversa y traducir nuestro lenguaje al de ellos —murmuró. Añadiendo de inmediato—: Nos alegró poder ayudaros, amigo Yamog. Venimos de muy lejos, de otro mundo como el vuestro, situado a enorme distancia, y al que destruyó un cataclismo. Buscamos paz y vida, nada más. Nos alegra haber encontrado amigos y no enemigos aquí. Creo que sois tan valerosos como inteligentes.

La máquina parpadeó de nuevo. Y su sonido se hizo gutural. ¡Estaba expresándose en la lengua de los guerreros zaires!

El estupor de éstos hizo pegar un respingo a Yamog y mirarse con sobresalto y terror los demás, cuyos ojos dilatados contemplaron la pequeña máquina como quien mira a un auténtico dios.

—No es posible... —repitió la máquina después, cuando Yamog habló de nuevo—. Ese chisme extraño... puede hablar en nuestro idioma.

—No sólo eso —fue la respuesta de Roy—. También nos traduce tus palabras a nuestro idioma, Yamog. Así podremos entendernos.

—Es cosa de dioses... —balbuceó el joven guerrero.

—No, de dioses no. De científicos solamente. Fueron gente que vivió en nuestro mundo. Crearon máquinas como la que nos trasladó hasta aquí a través de las estrellas y del espacio infinito. Ellos inventaron armas, pero también medios de amistad y entendimiento entre los hombres.

—Yo no entiendo de eso. Aquí no hay científicos. Sólo dioses, brujos y magia. Nuestro dios, Ilón, simboliza el Valor, la Fuerza y la Fe. Pero no todos los dioses en Medas son buenos, extranjeros... —explicó a su modo el guerrero Yamog.

— ¿Medas? —preguntó Roy.

—Es nuestro mundo, el planeta en que estáis. Pertenece al sistema solar de Songar, en la Galaxia Isoldia. Esta región en que estáis se llama Edenia. Es la más fértil y bella del planeta.

— ¿Y el casquete polar que vimos desde el espacio? Se ve negro, sombrío...

—Androigiss... —jadeó con terror Yamog—. Es la tierra maldita del Monte Shamm, donde se eleva la fortaleza de Aracnia...

— ¿Qué significa todo eso? —se interesó Sheena.

—El reino de las tinieblas. Los dominios de nuestra peor enemiga: la Diosa—Araña de Songar, Ishtar, la Única.

— ¿Una diosa es vuestra enemiga? ¿Es una mujer?

—Es mujer y araña. Nadie sabe lo que es realmente. Es una mutante malvada, cruel y todopoderosa. Ella rige al pueblo de mujeres de Lesbas. Ellas son guerreras del sexo opuesto. Se aman entre sí. Sólo

desean capturarnos para procrear. Si tienen hijos varones, los matan de inmediato. Las hembras se salvan del sacrificio, para incrementar las huestes lesbas.

—Dios mío, eso es horrible, monstruoso… —se asombró Sheena.

—Cierto. Pero es peor el destino que reservan a todo el macho con el que procrean en un rito lascivo. Una vez apareados, devoran a su pareja.

— ¡Cielos, no! —Tembló Kirk Orwell—. Como las mantis…

— ¿Quiénes son las mantis? —se interesó Yamog.

—Te sería difícil entenderlo: un insecto de nuestro mundo, particularmente cruel también con su cónyuge. Pero al menos ese no es humano… ¿Lo es esa diosa Ishtar?

—Dicen que sí. Pero también es arácnido. Posee poderes diabólicos. Es la representación del Mal.

Y adora a Ossag, el dios carnívoro que se nutre de seres vivos… Todos esos horrores se hallan en el norte de Medas, en su reino de tinieblas y de muerte…

—Entiendo —Roy afirmó—. Al menos las tenéis lejos…

—Eso no es problema para las lesbas. La distancia no cuenta.

— ¿No? —Se extrañó Roy Larkin—. ¿Por qué?

—Poseen una fuerza, una energía misteriosa, que sólo ellas saben de dónde surge. Se la llama Rayo Luxium. Puede conducir a quien lo usa a cualquier parte, lo traslada por el espacio a la distancia que sea, sin necesidad de vehículo alguno. Las lesbas hacen incursiones en nuestras regiones para apoderarse de guerreros a quienes esclavizan hasta el apareamiento y la posterior muerte y deglución.

—Una luz que permite viajar por teletransporte… —apuntó Sheena, fascinada—. Eso significa poder, Roy. Mucho poder…

—Lo sé. Puede que sólo sea superstición de esta gente, pero no lo creo. Yamog no parece un hombre medroso ni dado a creer en fantasmas…

—En efecto, sólo creo en lo que veo —admitió Yamog al ser traducidas las palabras de Roy—. Puedo aseguraros que todo cuanto digo es cierto. Nuestro pueblo guerrero debe luchar contra mujeres tan feroces y violentas como el que más, dirigidas por una mujer maléfica. Ahora mismo, nuestro caudillo, el bravo y noble Gotz, es su prisionero. Tal vez ya ni siquiera exista, como tantos otros, sacrificado por esas harpías.

—De modo que vuestro líder está en poder de la Diosa—Araña…

—Así es. Y no existe ninguna posibilidad de rescatarle. Absolutamente ninguna, puesto que llegar a las tierras de Ishtar nos costaría a nosotros interminables jornadas a través de todo el planeta, mientras que ellas pueden plantarse aquí con sólo desearlo, en alas de la mágica luz del Rayo Luxium.

Los tres terrestres se miraron entre sí, pensativos.

— ¿No hay medio de rescatarle, entonces, antes de que sea sacrificado? —indagó Kirk.

—Ninguna, amigos míos. Yo propuse a mi pueblo ir sobre el Monte Shamm a morir matando. Era una locura, lo sé. Pero peor es vivir así, atacados por los feroces icarios, esos monstruos alados que visteis, sin la experiencia y sabiduría de nuestro líder para vencerles, y siempre acosados por la rapiña de las crueles lesbas. Wulik, el guerrero de la cinta blanca a quien habéis conocido, logró que los consejeros del poblado votaran contra mi decisión.

Y aquí seguimos.

— ¿Wulik es también un jefe aquí? —quiso saber Roy.

—Sí. El tercero. La cinta de metal blanco es su distintivo, como la plateada es la del segundo jefe: yo mismo. Y Gotz, el caudillo, lleva la cinta de metal dorado, supremo distintivo de autoridad entre los zaires. Ahora, ante la ausencia de Gotz, Wulik pretende disputarme el mando. De momento mantengo mi autoridad, pero sé en qué acabará todo esto, si Gotz nunca regresa..., como me temo por desgracia, amigos míos.

—En ese problema, lo peor es que no podemos ayudaros —suspiró tristemente Sheena. A menos que pudiéramos desplazarnos con nuestra nave a esa región maldita de Androigiss, para rescatar con vida a vuestro caudillo Gotz...

—Me temo que sería ya demasiado tarde —suspiró Yamog—. A estas horas es muy posible que todo esté consumado ya. Que Gotz haya sido usado como reproductor por la Diosa—Araña... y devorado después por esa malvada mujer mutante...

—No, mi querido Yamog, eso no ha ocurrido todavía —gritó siniestramente la hermosa Ishtar, contemplando la escena con expresión burlona desde su remoto refugio en la tenebrosa cima del Monte Shamm, en las tierras nebulosas y malditas del norte de Medas. Todavía vive vuestro caudillo. Pero su final está cercano. Y nadie podrá evitarlo. Ni vosotros, pobres bárbaros, ni vuestros visitantes extranjeros...

La imagen de Yamog y sus guerreros y consejeros, sentados a la misma mesa con los tres astronautas de lejanos mundos, Roy Larkin, Kirk Orwell y Sheena Lane, permaneció fija unos instantes más aún en la pantalla de Zadko, la computadora pensante de Ishtar. Luego, a voluntad de la Diosa, se borró de aquella superficie como una simple bruma lejana.

—Ya has visto a tus enemigos, mi señora —habló la metálica voz robótica de Zadko, a través de la rejilla de su negro rostro—. Deseabas saber qué era la luz que surcaba el cielo de Medas hacia Edenia y cuál su origen. Ahora ya lo sabes. Tres extranjeros llegaron de otro mundo

en una poderosa nave capaz de desplazarse por el espacio cósmico.

— ¡Poderosa nave! —Repitió despectiva la Diosa— Araña, contemplando ceñuda al computador—pensante—. Todo lo que sea viajar encerrado en un vehículo carece de poder alguno. ¿Qué puede hacer una simple nave ante mi Rayo Luxium?

—Tu rayo aún no puede cruzar el Cosmos, mi Diosa amada —replicó fríamente la voz de metal desde el fondo de aquel robot negro, metálico, frío y aparentemente deshumanizado, pero capaz de pensar por sí mismo, aconsejar a su dueña y mostrarle, como en una mágica bola, cualquier imagen próxima o lejana que a ella pudiera interesarle.

— ¡Pero lo cruzará alguna vez, y el poder de Ishtar, la Única, se extenderá por toda la galaxia de Isoldia e incluso por todas las galaxias cósmicas a mi alcance! —proclamó ella, con ojos resplandecientes, alzando sus brazos, cuyas manos como pálidas garras se crisparon en el aire, y sus patas de araña en el cuello de su enorme capa parecieron tomar vida y agitarse malignamente en el aire —. ¡Seré la criatura más poderosa del Universo!

Su sombra, proyectada en el muro de su palacio de la cumbre del Monte Shamm, se pareció más que nunca a la de un enorme arácnido. El inteligente robot Zadko se limitó a expresar fríamente con su acerada entonación impersonal:

—Puedes llegar a serlo, Diosa Ishtar. Pero guárdate de tus enemigos. Son tal vez más poderosos de lo que crees.

Ella soltó una agria carcajada despectiva. Miró a su computador—pensante con ira que hacía llamear sus hermosos, profundos y crueles ojos de felino perverso.

—No seas necio, Zadko. Me sé guardar de todos los que me odian. En cuanto a Gotz, morirá en la noche de ofrenda al dios Ossag. Y será devorado por nuestro maestro, no por mí. Tras aparearlo en la plataforma sagrada de Shamm, será arrojado a la fosa donde mora Ossag. Es el destino adecuado para un caudillo. Claro que eso sucederá después de que haya sido mío y pueda tener un día una hija de él, poderosa como su padre y despiadada como su madre. Devoraré su corazón tras el coito, y luego arrojaré su cuerpo sangrante al dios Ossag, como marcan los rituales de Androigiss.

—Ten cuidado —avisó de nuevo prudentemente Zadko—. Debiste haber terminado ya con él, Diosa Ishtar.

—Será mañana noche, fecha del ritual sagrado —dijo desdeñosa la hembra, culebreando su cuerpo semidesnudo en el trono de piedra roja—. Nada ni nadie impedirá que sea así, ¿no es cierto Zadko?

—Diosa Ishtar, mi misión es pensar, advertirte, servirte fielmente y mostrarte cualquier imagen por lejana que esté en el espacio o el tiempo, pero no adivinar el futuro. Sólo el Oráculo es capaz de eso. Y todos sabemos que para llegar al Oráculo de Songar, hay que cruzar el

Mar Gaseoso de las Pléyades Negras.

—Vete entonces al diablo, Zadko, maldito charlatán —se irritó ella, con un ademán airado.

Zadko, en silencio, rodó hacia la salida. Su negra figura de metal se perdió tras la luz fantasmal de los pebeteros. Pandora, comandante en jefe de las lesbas, cruzó su arrogante, musculosa figura semidesnuda con el computador pensante. Tras ella, venía Mura, la oficial. Y una tercera mujer lesba, muy joven y esbelta, cuyos músculos aún no estaban tan desarrollados como los de las otras. Tenía un aspecto más frágil y femenino que sus compañeras. La cabellera, cortada por la nuca, como la de todas sus camaradas de las fuerzas lesbas de la Diosa Ishtar, era de un dorado suave y pálido. Tanto casi como el de sus ojos brillantes y rasgados, fosforescentes como los de un felino.

—A tus pies, mi Diosa y señora —dijo Pandora respetuosa, inclinando ante Ishtar su atlética, gigantesca figura musculosa, de enormes pechos macizos cuya desnudez insultante provocó la mirada lasciva de la bella Diosa Ishtar—. He acudido en cuanto recibí tu llamada.

—Sé bienvenida, Pandora, mi fiel capitana —sonrió Ishtar, inclinándose y acariciando primero los cabellos de centelleante color grana de su comandante en jefe, para después deslizar sus dedos acariciadores sobre los senos generosos y pétreos, haciendo estremecer placenteramente a la guerrera así tratada—. Te necesito con urgencia. Veo que viene contigo la valerosa Mura. Pero no conozco a la otra mujer...

—Es nueva en nuestras filas. Una valerosa soldado de grandes cualidades. Ésta será su prueba inicial para aspirar al oficialato. Se llama Lauria. Aún es virgen y jamás participó en un festín voluptuoso ni en un rito de apareamiento.

—Entiendo —los ojos fascinadores e hipnóticos de Ishtar se clavaron profundamente en la joven aspirante, provocando en ésta un escalofrío—. Si sale con bien de esta labor y obtiene la graduación, tendrá un premio muy especial mañana por la noche: será la primera en aparearse con el caudillo zaire Gotz. Así dejará de ser virgen en la ceremonia sagrada ante el dios Ossag. Y podrá devorar las vísceras calientes de su pareja, tras poseerle yo antes del sacrificio.

—Será un gran honor para mí, señora y Diosa —aseguró Lauria, inclinándose de rodillas ante la Diosa—Araña de Songar—. No esperaba tan importante iniciación en mi vida de guerrera lesba.

—Pues así será si cumples tu misión como espero. Pandora, iréis de inmediato a Edenia.

—Como ordenes, mi Diosa—afirmó la comandante—. ¿Debemos capturar a nuevos ejemplares para los ritos sexuales?

—No sólo para eso. Quiero aquí a Yamog, el segundo de Gotz. Y

también habéis de traer a sus huéspedes. Son tres: dos hombres y una mujer que viajan juntos.

— ¿Hombres y mujeres juntos? —Se asombró Pandora—. ¿De dónde vienen?

—De un lejano planeta que ya no existe, donde al parecer convivían ambos sexos normalmente. La mujer es hermosa, de dorados cabellos. Los hombres, jóvenes y fuertes, aunque no tanto como los zaires. Llevan extrañas armas de un fuego blanco que aniquila. Y poseen unos inventos prodigiosos de su mundo. Los quiero. A ellos y a cuanto llevan consigo, incluida una nave que posaron en Edenia. Usa el Rayo Luxium a toda potencia para el regreso con todo ello, Pandora. Y no te fíes. No será tarea tan sencilla como puedas creer. Esos extraños visitantes han logrado la amistad de los zaires. Se entienden bien entre ellos. Son listos y desconfiados. Conocen nuestra existencia. No cometas ningún error.

—No lo cometeré, mi Diosa. Volveré con esos prisioneros y con su nave, puedes estar segura de ello. Pandora nunca fracasó en su empeño.

—Lo sé. Por eso acudo a ti. Suerte, Pandora. Vosotras, Mura y Lauria, sed dignas de la confianza que vuestra capitana y yo misma ponemos en vuestras personas. Id ya. Cuanto antes tenga en mi poder a esos extranjeros y al impetuoso Yamog, tanto mejor. Serán unos testigos excepcionales del fin de su caudillo Gotz..., y de la noche ritual ante el dios Ossag, devorador de criaturas y poder supremo de las tinieblas de Songar...

Las tres mujeres lesbas saludaron militarmente a la Diosa—Araña. Y abandonaron la estancia. Momentos más tarde, de las tenebrosas tierras de Androigiss, partía un centelleante y poderoso rayo de luz que trasladaba en su energía lumínica a las guerreras más crueles y feroces de aquella galaxia, en pos de su presa.

7

Todo había sucedido de repente.

Ni los tres astronautas ni su anfitrión, el noble y joven Yamog, podían haber previsto aquella grave complicación. Cuando quisieron hacer algo, ya era tarde.

Dormían apaciblemente tras la recepción que les ofreciera generosamente Yamog cuando se desencadenaron los hechos con súbita violencia. Primero fueron gritos y entrechocar de armas allá fuera. Luego, la confusión se extendió a la edificación donde ellos descansaban, sobre las mullidas pieles de animales de Medas.

Antes de que pudieran recurrir a sus armas, luchando contra la fatiga y el sueño que, por primera vez en mucho tiempo, les había invadido de forma profunda y relajante, encontraron contra sus cuellos y rostros las afiladas puntas de las armas rudimentarias pero eficaces de los zaires.

—Ni un movimiento, o sois personas muertas— recitó la voz ronca, traducida por el pequeño computador, puesto siempre en funcionamiento junto a ellos, por lo que pudiera ser útil en algún momento.

Tal vez sin él también hubieran comprendido la amenaza. Era fácil hacerlo, sintiendo la extremidad de afilado metal apoyada en su garganta o en su mejilla.

Los zaires que les rodeaban mostraban una expresión hosca, sombría, nada amistosa, en contraste con su actitud de horas antes. Las luces bailoteantes de unas antorchas, prestaban a sus rostros el aspecto de duras máscaras, haciendo brillar, grasientos, los musculosos cuerpos semidesnudos.

— ¿Qué significa esto? —preguntó Roy, sorprendido, mirando a los intrusos que les rodeaban.

—Significa que sois nuestros prisioneros —silabeó uno—. Y que os mataremos sin piedad en cuanto intentéis algo con vuestras mágicas armas de luz.

— ¿Así nos pagáis la ayuda que os prestamos contra los icarios? —se enfureció Kirk, tratando de apartar de sí la lanza ominosa.

Fue un error. El guerrero no sólo no la apartó, sino que lanzó un gruñido sordo y rasgó la piel del astronauta con su arma. La sangre goteó del corte en la mejilla de Kirk Orwell. Sheena gritó asustada. Roy tuvo que hacer un poderoso esfuerzo por dominarse. Sobre su garganta se apoyaba un filo demasiado peligroso para jugar con él.

— ¿Dónde está Yamog, vuestro jefe? —Preguntó con acritud—. Quiero que él me aclare esta situación y me explique lo que está sucediendo.

—Yamog ya no es nuestro jefe —replicó uno de sus agresores.

— ¿Qué decís? —cambió una mirada de preocupación con sus camaradas.

—Lo que has oído, extranjero —resonó una agria voz, desde la puerta de la edificación. Yamog traicionó a su pueblo, prestando su hospitalidad a unos extranjeros, especialmente a una mujer. Las hembras son nuestros enemigos seculares. Ahora paga su error. Es mi prisionero. Yo soy el nuevo jefe de los zaires.

— ¡Wulik! —Se irritó Roy Larkin, empezando a comprender—. Sucio intrigante… Has persuadido a tu pueblo para que traicione a su jefe en ausencia del caudillo Gotz. Eso es traición. Nosotros os hemos ayudado, somos amigos. Y esta mujer es una extranjera, procede de un mundo donde las hembras son dulces y afectuosas, no asesinas y crueles.

—Todo lo que decías es falso —le acusó Wulik, con gesto crispado, relucientes de complacencia sus ojos malévolos—. Ahora sois prisioneros nuestros. La mujer será ajusticiada, como corresponde a su maldito sexo. Y vosotros seréis esclavos de los zaires, hasta que el gran Gotz, a su regreso, decida vuestra suerte.

—Hablas así, miserable, porque sabes que Gotz nunca volverá, a menos que nosotros os ayudemos a rescatarle de las garras de esas mujeres malditas de la Diosa Ishtar —acusó con arrogancia Sheena, encarándose a los guerreros, quienes pese a sus armas parecieron mirarla con instintivo terror—. Lo que realmente pretendes es erigirte tú solo en líder de los zaires, usurpar sus derechos no sólo al noble Yamog, sino también al propio Gotz.

— ¡Silencio! —rugió Wulik airado, abofeteando a Sheena con fuerza. La cabeza de la joven astronauta osciló a un lado y otro, sacudida por el rudo golpe—. ¡Ahora soy yo quien da las órdenes! Yamog y los pocos que le permanecieron leales, están cautivos, esperando lo que decida el Consejo sobre su traición. Vuestras armas serán destruidas por diabólicas. Y también vais a tener que quitaros vuestros extraños trajes, para quedar como nosotros, desnudos de cuerpo.

—Eso no es posible —reaccionó Kirk con rapidez—. Vuestro aire daña nuestra piel, podríamos enfermar o morir…

—Eso es asunto vuestro. Si necesitáis de esos ropajes, es porque sois diablos y no personas. Aquí sobrevive sin problemas cualquier humano, bien lo estáis viendo. ¿O es que ni siquiera sois humanos realmente?

Les arrancaron las armas láser con violencia. La expresión de sus captores daba a entender que estaban dispuestos a arrebatarles asimismo por la violencia sus ropas de astronautas. Si las destruían, ya nunca podrían abandonar aquel planeta con su nave, desprovistos de toda defensa posible en el espacio.

Roy contempló en silencio a los agresores. Había que hacer algo, y pronto. Pero lo único que se le ocurría era demasiado terrible para hacerlo. Miró a Kirk y a Sheena. El cerco ominoso de los zaires rebelados contra Yamog parecía más estrecho que nunca. Si no se despojaban de sus ropas, serían muertos allí mismo sin esperar a más, estaba seguro de ello.

Rápido, tomó una decisión. Era dolorosa, pero inevitable.

Se movió, como si fuese a quitarse las ropas espaciales, de aquel tejido hermético y antitérmico, especial para cualquier atmósfera. Sólo las escafandras de vidrio reposaban en un rincón de la estancia, no lejos de ellos.

Pisó al parecer involuntariamente el pequeño microcomputador de traducción simultánea, justo sobre el botón de conexión. El aparato quedó desconectado de inmediato. Roy habló con celeridad:

—Pronto, usad las piedras lunares que llevamos en el bolsillo de reserva.

La máquina no transmitió esta vez sus palabras. Tampoco pudo traducir las guturales que lanzó Wulik, al oírle hablar sin entender lo que decía.

—Roy, eso es terrible... —jadeó Kirk—. Todos sabemos lo que ocurrió con el planeta Tierra por ser manipulados erróneamente esos minerales. Los llevamos sólo de recuerdo, en sus estuches herméticos...

—Pues ha llegado el momento de extraerlos de ellos. Pronto, o será demasiado tarde para intentar nada. Wulik es capaz de ordenar nuestra muerte y la del propio Yamog, obligando al Consejo a una sentencia condenatoria... Sé lo que eso significa, pero no queda otro remedio. Adelante, amigos míos...

Wulik se había inclinado, furioso, tomando del suelo el microcomputador, para tenderlo airadamente a Roy, con la clara exigencia de que volviese a conectarlo para saber lo que hablaban. Su voz fue un torrente de sonidos incongruentes para los terrestres.

Roy no le hizo caso. Fingiendo desprender la cremallera de un lado de su uniforme espacial, lo que hizo fue abrir unos de sus numerosos bolsillos de pertenencias diversas, el reservado para los fragmentos de piedra lunar extraídos de las minas de Selene 5, donde se provocó el cataclismo que puso fin inicialmente a la Luna y posteriormente a la Tierra.

Los tres extrajeron unos pequeños receptáculos de material, mezcla de plástico y metal, en cuyo interior reposaba una pequeña fracción de selenicrom, el mineral maldito. Abrieron el dispositivo automático, se alzó la tapa, y en sus aguantadas manos, centelleó la extraña, fascinante piedra lunar, causa del holocausto humano total.

Ocurrió algo asombroso. Wulik y sus gentes, sorprendidos por el repentino resplandor en manos de los astronautas, se quedaron

quietos, sobrecogidos, mientras la sala entera se llenaba con un resplandor vivido, cegador, que hacía casi inexistente la llama de las antorchas.

Los hombres lanzaron alaridos de dolor al sentir penetrar en sus pupilas aquel fuego deslumbrante. Los tres astronautas, un instante antes de abrir las cápsulas de las muestras minerales, habían cerrado sus ojos por completo, huyendo de su luz.

Wulik emitió un alarido inhumano, salvaje, desgarrador. Se aferró la cara, restregó sus ojos, cayendo de rodillas ante los prisioneros. Las lanzas y espadas cayeron de manos de los guerreros, convertidas de inmediato en formas candentes, que brillaban al rojo blanco en sus manos abrasadas, de piel rugosa y calcinada.

Un calor intenso, devastador, se extendió por toda la edificación, salió al exterior, lo invadió todo, como en un nuevo amanecer.

—Es suficiente —jadeó Roy—. Siento ya escozor en mis ojos...

—Y yo —susurró Kirk, cerrando el receptáculo de la pequeña muestra de selenicrom, al tiempo que sus compañeros.

La luz se extinguió de súbito, aunque en el aire aún permaneció, como algo tangible, flotando una especie de luminosidad ardiente, que convertía el aire en fuego y abrasaba la piel como un viento del desierto.

De nuevo volvieron los pequeños objetos a sus bolsillos. Lentamente, descendió la temperatura en el poblado y se fue extinguiendo la claridad candente, pero para entonces, Wulik y sus esbirros estaban ciegos y con manos y cuerpos abrasados intensamente.

—Dios mío... —murmuró Sheena, estremecida—. Pensar que el ser humano tuvo en sus manos esta fuerza pavorosa, que pudo haber logrado combustibles, energía inagotable, toda clase de fuentes de poder térmico y luminoso para el mundo entero... y fue tan necio que lo manipuló erróneamente por precipitación y descuido, desencadenando así el caos...

—Si tres fragmentos del tamaño de una nuez son capaces de algo así, imagina lo que serían toneladas y toneladas de selenicrom reactivadas por error e imposibilitados de frenar su reacción en cadena... —musitó Kirk, todavía impresionado.

Roy recuperó las armas de láser, que repartió con celeridad, mientras un coro de quejidos lastimosos les rodeaba, procedentes de aquellos hombres repentinamente ciegos y con sus manos convertidas en puras llagas.

—Debiste ser fiel a tu jefe, Wulik, y no dejarte llevar por tus bajas ambiciones —acusó Roy gravemente, ahora con el microordenador ya en marcha—. El poder de nuestras armas es muy grande, recordadlo siempre antes de querer traicionarnos de nuevo. Ahora, seréis tú y los

demás rebeldes quienes debáis someteros al juicio de Yamog, que estoy seguro será mucho más magnánimo de lo que hubiera sido el vuestro, de haber triunfado vuestra rebelión.

Como dóciles esclavos vencidos, los zaires sublevados echaron a andar hacia el exterior, donde otros rebeldes, despavoridos, deponían sus armas ante los terrestres, inclinando la rodilla en señal de sumisión.

—Soltad a Yamog —ordenó Roy Larkin con energía—. Y a todos sus fieles guerreros. La revuelta de Wulik ha terminado.

Rápidamente fue obedecida la orden. Momentos más tarde, Wulik y sus leales eran confinados en unas edificaciones, moviéndose pesadamente y quejándose del dolor de su piel abrasada. Yamog abrazó a sus huéspedes efusivamente.

—Os doy las gracias por todo, amigos míos —declaró, conmovido —. Esperaba morir. Wulik había convencido a todos los miembros del Consejo para que dictaran sentencia de ejecución inmediata contra mí, mis leales, y contra vosotros mismos. Con el nuevo día, hubiéramos sido ajusticiados sin remedio. Su plan era suplantarme a mí y, en ausencia de Gotz, convertirse en el caudillo de los zaires, llegando a la paz con las lesbas a base de entregarles periódicamente a un número determinado de nuestros guerreros jóvenes para apareamiento y sacrificio. Le oí contar sus planes a sus más fieles colaboradores en esa revuelta.

—Por tanto, no me arrepiento de haber usado contra ellos un arma demasiado terrible, que les dejará ciegos de por vida —suspiró Roy amargamente.

—Sois auténticos dioses —confesó Yamog, maravillado—. Me han contado lo sucedido, yo mismo he visto ese resplandor que convertía la noche en día, cegaba a los hombres y convertía en fuego sus armas de metal... Hasta las piedras comenzaban a derretirse, convertidas en fuego líquido...

—Lo sé —suspiró Roy—. Pero no somos dioses, Yamog. Sólo hombres. Hubo un Dios, sí, que creó maravillas semejantes para que el hombre disfrutara de ellas si era lo bastante sensato para hacerlo. Pero las criaturas inteligentes no siempre lo son lo suficiente, Yamog. Hasta una fuente de energía y de vida, mal utilizada, puede convertirse en el arma más mortífera de todas.

—Tal vez tengas razón, amigo mío. Si fuerais dioses, Gotz tendría al menos la posibilidad de ser liberado...

—Así es, Yamog. No podemos hacer nada por él, está demasiado lejos de nosotros. Si pudiéramos llegar hasta ese Monte Shamm que mencionaste, tal vez habría una posibilidad, pero así... —meneó la cabeza con desaliento.

—Más vale no llegar nunca allí —se estremeció el joven guerrero

—. Es el reino de lo oscuro y lo maligno, el antro de la perversidad y la muerte. Quien llega allí nunca más puede salir de sus dominios...

—Entonces, me temo que será preciso abandonar toda esperanza respecto a Gotz. Todas esas armas que tú consideras maravillosas, no nos sirven en absoluto para rescatarle con vida del lugar donde está... a menos que volvamos a nuestra nave y la dirijamos a la zona del casquete norte de este planeta.

—Sería inútil. Vosotros y esa nave seríais destruidos por los poderes maléficos de la Diosa Ishtar — sentenció Yamog.

— ¿Tan poderosa es esa mujer? —dudó Sheena.

—Es poco todo lo que te diga de ella. Ni siquiera estamos seguros de que sea realmente humana. Dicen que es un ser diabólico, una mutante capaz de convertirse en araña cuando devora a sus víctimas...

Sheena y Kirk cambiaron una mirada de escepticismo. Roy Larkin, ceñudo, meneó la cabeza.

—De todos modos, me gustaría estar alguna vez frente a esa extraña criatura, si con ello existía una sola posibilidad de salvar la vida y la libertad de un hombre noble y honesto como tu jefe, Yamog...

Como si aquellas palabras pronunciadas solemnemente por el joven astronauta terrestre hubieran tenido la fuerza de una invocación, la noche se iluminó de súbito, no lejos de ellos, con un resplandor repentino y centelleante, de vivido color blanco azulado.

Aquella línea luminosa parecía llegar de muy lejos, del negro cielo nocturno, como si las estrellas distantes se hubieran materializado de súbito en forma de un destello viajero, como la estela de un cometa, pero mil veces más fulgurante y veloz, llegando desde remotos confines en alas del tiempo y del espacio.

Así fue. Se inmovilizó en el centro mismo de la gran plaza circular del poblado zaire, cual una mancha luminosa que fuese perdiendo fulgor.

Y en medio de la luz, se materializaron hasta una treintena de mujeres semidesnudas, de extraña belleza, provistas de cascos metálicos, enarbolando armas radiantes. Sus cuerpos femeninos, de generosos pechos macizos, eran sin embargo musculosos y fuertes como los guerreros zaires, aunque más armónicos de formas.

A la cabeza de las extrañas hembras, materializadas de súbito en medio del claro, iban tres mujeres de capas centelleantes sobre sus cuerpos desnudos y mórbidos, de voluptuosa belleza.

— ¡Mirad! —aulló Yamog despavorido, señalando a las aparecidas —. ¡Son las lesbas de la Diosa Ishtar! ¡Huid de ellas! ¡Han venido cabalgando en el Rayo Luxium desde el Monte Shamm! ¡Con ellas viene la muerte y el exterminio!

Los tres astronautas, asombrados, se volvieron hacia las mujeres

guerreras, que recién materializadas en medio de aquel rayo de luz viajero, se desparramaban ya, en acción agresiva, sobre los guerreros de Yamog, sin parecer intimidadas por la diferencia de sexo, ni mucho menos.

Roy Larkin observó, con asombro, que una de las capitanas de aquel grupo fantástico, la más alta y poderosa de todas, se dirigía hacia ellos, escoltada por una decena de las mujeres lesbas al servicio de la Diosa—Araña.

—Extranjeros, no intentéis luchar o escapar —ordenó la voz rotunda de Pandora, la capitana de las lesbas—. Sois nuestros prisioneros. Podemos aniquilaros a voluntad, hagáis lo que hagáis.

Roy, estupefacto, cambió una mirada de asombro con sus camaradas.

Aquella mujer no había necesitado de traductor electrónico alguno para hacerse entender de ellos. ¡Había hablado su propia lengua!

Aun ante esa inexplicable maravilla, Roy y sus compañeros no estaban dispuestos en absoluto a rendirse sin luchar con las temibles mujeres llegadas desde las oscuras regiones de Androigiss.

—Tendréis que vencernos previamente para hacernos vuestros cautivos o para presentar nuestros cuerpos como trofeos —replicó Roy con energía, empuñando su pistola láser.

Pandora sonrió desdeñosa. Hizo un gesto con su mano libre de armas. Y como llovida del cielo, una negra red viscosa cayó sobre los tres astronautas. Se había materializado de la nada, como ellas mismas. Era igual que si la oscuridad nocturna, convertida en hilachas móviles y pegajosas, formase una telaraña fantástica que se adhiriese a sus cuerpos, enroscándose en ellos como algo vivo, palpitante. Algo contra lo que no era posible luchar, que les arrancó las armas de las manos, arrojándolas lejos de su alcance, mientras apretaba y apretaba, reduciendo a los tres a la inmovilidad más absoluta.

—Como veis, calculasteis mal vuestras fuerzas —sonrió Pandora indiferente—. Nadie puede plantar cara a las guerreras lesbas. Somos las más fuertes de este planeta y de todo el Sistema Solar de Songar. Estáis empezando a aprender la lección, simplemente, orgullosos extranjeros.

— ¿Qué pretendéis de nosotros? —jadeó Roy, observando cómo el propio Yamog y algunos de sus guerreros eran apresados por las misteriosas redes negras y vivas, surgidas de la oscura noche como por arte de una extraña magia, mientras otros escapaban y los más audaces se enfrentaban a sus enemigos femeninos, para caer abatidos por las feroces luchadoras. Estas esgrimían unas espadas de luz que, al caer sobre los adversarios con implacable fiereza, les abatían mortalmente, con el cuerpo congelado y rígido. Pandora respondió a la pregunta de Larkin:

—Llevaros a nuestro reino, extranjeros. Es orden personal de la Diosa—Araña, la hermosa Ishtar. Seréis sus huéspedes. Sólo ella puede decidir vuestro destino. Pero olvidad toda esperanza. El que va a Androigiss jamás vuelve a salir de allí con vida.

8

Androigiss.

Era aquello. Aquel lugar. Estaban ya en el sitio de donde jamás se regresaba vivo. En la comarca de la oscuridad y de la muerte. En los dominios de la Diosa—Araña.

La cumbre del Monte Shamm, morada de la hermosa e implacable Ishtar, el tenebroso recinto de Aracnia, fortaleza de la deidad maléfica de Songar. Roy Larkin, Kirk Orwell y Sheena Lane estaban ya allí.

El viaje había sido fulminante. Como si nunca se hubieran movido de donde estaban. El destello luminoso les trasladó en instantes a través del planeta Medas, hasta la misma madriguera de la Diosa. Ningún otro medio de transporte conocido por los terrestres podía competir con aquél. El viejo y casi imposible sueño de la Humanidad, el traslado instantáneo de la materia a cualquier lugar distante, era una realidad en aquel planeta.

Yacían sobre un marmóreo suelo negro, lustroso como un espejo, a los pies de un trono de piedra escarlata. Envueltos en aquella adherente telaraña negra que parecía dotada de vida propia.

A los pies de un trono..., y de su ocupante.

Roy miró dificultosamente entre la maraña de hilachas viscosas que le envolvían, tratando de ver algo. Lo primero que descubrió fueron unas largas piernas, unas rodillas, unos muslos hermosos y desnudos, una sedosa piel pálida, unas formas turgentes. Más arriba, descubrió unos senos erectos, duros como piedras, redondos y agresivos. Y un bellísimo rostro enmarcado por una melena negra, reluciente, de hebras como azabache hilado.

Supo en seguida que estaba ante ella.

Ishtar, la Diosa—Araña de Songar, era la hembra deslumbrante que ocupaba aquel trono.

—Ishtar... —susurró roncamente, forcejeando de forma estéril con la malla negra—. Eres tú, estoy seguro...

Los labios carnosos de ella modelaron una vaga sonrisa malévola. Los ojos profundos, rasgados, insondables, centellearon fijos en él.

—Aciertas, extranjero —dijo con voz profunda, cálida, sensual como una caricia y corrosiva como un zarpazo—. Soy yo, Ishtar, la Diosa de Songar.

—Me habían dicho que eras hermosa. Pero se quedaron pálidas todas las descripciones. Yo diría que eres la criatura más bella que vi jamás.

— ¿Pretendes halagarme para salvar tu vida? —se mofó ella, desdeñosa.

—No. Sólo expongo una verdad. La otra es que te consideran un monstruo, un ser abyecto y sin conciencia. Sólo espero a comprobarlo

por mí mismo.

—Eres arrogante, extranjero. Pero también lo son los zaires. Y no me importan. No consiguen impresionarme. No esperes lograrlo tú.

—Es difícil pretender algo así encerrado en esta sucia red. ¿Qué temes de nosotros, para tenernos en tal forma en tu presencia?

—Ishtar no teme nada de ninguna criatura viviente —replicó ella airada. Hizo un gestó con su mano. Inmediatamente, la malla negra se evaporó, como si nunca hubiera existido. Los tres astronautas quedaron libres ante su captora, ridículamente encogidos sobre el suelo marmóreo. La voz de ella sonó burlona—: ¿Te sientes mejor así?

—Mucho mejor, señora —Roy se frotó sus ateridos miembros, incorporándose a medias. Miró en torno. Las dos hileras de guardianas lesbas de la escolta de la Diosa Ishtar, formaban en torno de ellos. Los pebeteros llameaban, despidiendo un aroma profundo y dulzón. Observó la presencia de un robot de metal oscuro, de forma vagamente similar a la humana, pero sostenido sobre discos rodantes, inmóvil junto al trono—. Supongo que no podríamos haceros daño aunque quisiéramos...

—Supones bien. Nadie puede dañar a Ishtar. Soy una Diosa, recuérdalo, no una vulgar mortal. Si lo pretendieras, caerías fulminado. Aquí no hay más poder que el mío, extranjero, ve haciéndote a esa idea.

—Empiezo a pensarlo, sí—admitió Roy—. ¿Cómo es posible que hables nuestra lengua y que tus mujeres soldado lo hagan también?

—Nadie aquí conocía vuestro idioma antes de oíros hablar. Zadko lo hizo posible.

— ¿Zadko? —repitió Roy perplejo.

—Mi computadora —pensante —señaló al robot—. Es una máquina, pero su cerebro puede pensar, crear, imaginar libremente. Es capaz de mostrarme cualquier cosa en el tiempo y en el espacio, pasado o presente, próximo o lejano. También, mediante sus ondas psicomagnéticas, puede adiestrarnos en el conocimiento de cualquier lengua, por extraña y ajena que nos sea.

—Entiendo. Dices que cualquier cosa pasada o presente... ¿y futura no? —inquirió vivamente Roy.

La Diosa pareció molesta por primera vez. Se mordió el labio inferior y sus ojos relampaguearon.

—El futuro no existe —recitó, glacial—. Sólo el Oráculo puede descifrarlo. Y el Oráculo está en el Mar Gaseoso de las Pléyades Negras, donde nadie puede consultarle.

—Eso quiere decir que, pese a ser una deidad, no puedes leer el futuro —rió el astronauta.

— ¡Basta ya de insolencias! —Se irritó Ishtar, irguiéndose majestuosa en su trono, perfecta como una escultura, deseable como

una hembra, distante como una divinidad auténtica—. Os he hecho traer aquí para que seáis testigos de excepción del fin de un gran guerrero, caudillo de su pueblo: Gotz, líder de los zaires.

— ¡Maldita seas! —Aulló Yamog, cautivo aún en su propia red—. ¡Haz conmigo lo que quieras, malvada harpía, pero libera a nuestro caudillo y permítelo volver con los suyos!

Isthar se permitió una ojeada desdeñosa hacia el joven guerrero cautivo.

—Todos los zaires habláis demasiado —se burló—. Gotz nunca será liberado. Lo he elegido para la ceremonia de la noche de Ossag, nuestro dios devorador. Será mío en cuerpo y alma. Luego, será arrojado a la sima de Ossag para ser devorado en el ritual supremo. Tú y tus amigos extranjeros seréis testigos de ello. Después, uno a uno, seréis elegidos por mí y por mis guerreras para el apareamiento, y el posterior sacrificio.

—Usados como machos y devorados como carroña, ¿es eso lo que sugieres? —preguntó Kirk Orwell con acritud.

—Algo parecido —sonrió Ishtar burlona—, ¿Te inquieta tu suerte, extranjero?

—No, no me inquieta nada en la vida —negó Kirk, rodeando a Sheena con un brazo, espontánea y tiernamente—. Pero ella es una mujer. Me preocupa su suerte. ¿Cuál va a ser?

—Creo entenderte —rió Ishtar—. Amas a esa mujer, ¿verdad?

—Nunca lo supe. Pero sí, creo que la amo.

—Kirk... —pestañeó ella, mirándole asombrada.

—Lo siento, Sheena—confesó Kirk—. No es el momento de decirlo. Pero tal vez sea el último. Debía revelártelo aunque fuese ahora. Tenías razón, es preciso olvidar, dejar atrás ciertas cosas. Incluso una esposa y un hijo que ya no existen. En este tiempo aprendí a sentir algo por ti, a cicatrizar mis heridas...

—Oh, Kirk... —musitó ella, apretándose a él con fuerza—. Gracias por decirlo. Son unas hermosas palabras. Yo también sé que puedo enamorarme de ti...

—Es todo muy patético y enternecedor —se mofó Ishtar—. Pero no me conmueven vuestros sentimientos humanos. Ella, la mujer, será una buena amiga para mis guerreras. Si las sabe complacer, tal vez salve su vida un tiempo. Pero no es una lesba. No creo que sobreviva cuando faltéis vosotros dos.

— ¡Puerca! —la insultó Sheena, rabiosa—. Me das asco, pese a toda tu belleza. Sólo eres un sucio reptil con apariencia hermosa. Tu alma es tan sucia como una ciénaga.

— ¡Llevaos de aquí a todos ellos! —Ordenó airada Ishtar, señalando con rígido brazo a sus cuatro cautivos—. ¡Conducidles a las celdas individuales para que permanezcan en ellas hasta la noche a la hora

del ritual! La Diosa Ishtar ya ha hablado bastante con esas vulgares criaturas. Tú, Lauria, serás encargada de su vigilancia.

—Sí, mi Diosa —afirmó con gesto complacido la joven iniciada—. Confía en mí.

—Ya lo hago. Espero sepas servirme bien y con acierto. En caso contrario, no lo ibas a pasar nada bien, querida.

Pandora dio órdenes a varias guerreras lesbas. Rodearon a los cuatro prisioneros de inmediato, conduciéndoles a una cinta deslizante, por la que fueron conducidos hacia una cercana puerta que los engulló, trasladándoles en la misma banda rodante a través de la oscuridad.

Atrás quedaron las luces del salón del trono de la Diosa—Araña. Ésta se volvió a su fiel Zadko, el computador—pensante.

— ¿Qué piensas de esa gente extraña a nuestro mundo, Zadko? —preguntó.

El robot respondió de inmediato con su voz metálica a través de la rejilla de su rostro:

—Son peligrosos, mi señora. No se rinden fácilmente. Tienen imaginación y poder de rebeldía. Sus armas son poderosas, especialmente las piedras que guardan en sus estuches, procedentes de un satélite destruido de su sistema solar.

—Pero ahora yo poseo esas armas —declaró Ishtar, altiva—. No pueden usarlas contra mí.

—Aun así, guárdate de ellos, mi señora. Sobre todo, del que hablaba contigo, el más alto y rubio de ellos. Es un peligro cierto, lo intuyo.

—Tonterías. Será el primero, después de Gotz, en seguir los ritos. Le haré mío, me gusta. Luego… lo devoraré con mis lesbas. Puede que él y Gotz me den hijas fuertes y robustas, de tanto poder físico como su padre la primera, y de tanta inteligencia como ese terrestre la segunda.

Zadko no respondió en esta ocasión. Ni Ishtar se molestó en seguir preguntándole, segura de sí misma y de la inexorable firmeza de sus designios.

9

Roy Larkin podía ver desde su encierro. Ver y pensar, pero no moverse. La celda no era tal, sino una especie de cápsula cristalina esférica, en cuyo interior flotaba, suspendido, incapaz de cualquier movimiento, pero facultado para ver, pensar o hablar. Al otro lado de la cóncava pared de vidrio, le era posible descubrir, en esferas similares y de igual transparencia, a Kirk y Sheena, así como a Yamog y al propio Gotz, un gigante atlético que parecía el propio Hércules redivivo, si es que el mítico ser existió alguna vez en el Olimpo.

Entre él y aquellas otras celdas vidriosas que parecían suspendidas en el aire, en una amplia nave circular de muros metálicos, paseaban de vez en cuando patrullas de mujeres lesbas, en servicio de armas. Apenas si se dignaban dirigirles alguna mirada de soslayo, indiferentes a su suerte.

Roy pensaba. Pensaba, porque era lo mejor que podía hacer en aquella desesperada situación, cautivo de una mujer de poderes superiores, en un mundo remoto y desconocido, donde todo parecía posible, desde lo más arcaico a lo más sofisticado y fantástico.

Desde donde estaba, podía ver, a través de un ventanal de la sala circular, la presencia, en la cumbre misma del Monte Shamm en que se hallaban, un torreón negro, anexo al castillo o palacio de Aracnia, sede de la Diosa—Araña, emergiendo entre basálticos peñascos y recortándose contra el estrellado cielo nocturno de Medas.

Durante su comida en el poblado zaire, Yamog le había hablado de la luz llamada Rayo Luxium, que permitía a las guerreras de Ishtar viajar a través de las distancias sin demora, convertidas acaso en simples átomos que luego se materializaban en su punto de destino, en una especie de teletransporte de materia, facilitado por las propiedades de aquel misterioso rayo. Ellos mismos habían comprobado la rara efectividad de tal medio de transporte. También Yamog había hablado de la Torre Omnia, de donde se decía que partía la poderosa luz transportadora.

— ¿Será esa la Torre Omnia que guarda el secreto del Rayo Luxium? —Se preguntó Roy en sus meditaciones, contemplando aquel hermético torreón—. ¿Tal vez dentro de esa torre se ocultan los poderes secretos de la Diosa—Araña, la energía capaz de dotarla de sus aparentemente divinas fuerzas superiores? Esa mujer puede que sea una mutante, una criatura extraordinaria, pero juraría que no es exactamente una diosa...

Se interrumpió en sus meditaciones. Una solitaria guerrera lesba había entrado en la nave de las esferas de cautiverio. Iba recorriéndolas con mirada crítica. Era una joven esbelta, delicada, de cabellos carmesí brillantes, ojos dorados y bella figura semidesnuda.

Tenía algo más tierno, menos pervertido que las demás mujeres al servicio de Ishtar. Pero era precisamente su guardiana, la llamada Lauria.

La oyó hablar brevemente con cada uno de los presos, interesándose por su estado. Kirk y Shenna respondieron con monosílabos. Los dos guerreros zaires con abruptos gruñidos de ira mal contenida. Lauria se acercó a él. Se detuvo ante la esfera que era su celda, mirándole atentamente.

— ¿Te encuentras bien, extranjero? —preguntó. Su voz suave llegó hasta Roy a través de las sensibles paredes cristalinas.

—Dentro de lo que cabe, sí. ¿Por qué no puedo moverme?

—Es el contenido de esa cámara. Un gas pesado que frena los movimientos físicos, pero no daña. Son las órdenes, todos los prisioneros deben ser tratados igual. Nadie puede liberarse de la presión de ese gas, por fuerte que sea. Se evitan evasiones.

— ¿Tú, eres Lauria, nuestra celadora?

—Sí —ella pareció inquieta—. ¿Por qué lo preguntas?

—Te oí hablar con tu Diosa. Parece confiar mucho en ti.

—Yo debo ganarme esa confianza. Soy novata en estas lides.

— ¿Quieres decir que te inicias ahora como soldado?

—Sí. Seguí unos cursos, me gradué. Ahora debo hacer mis prácticas de oficial.

— ¿Esas prácticas incluyen aparearte con los cautivos y luego devorarlos?

Lauria vaciló. Pareció estremecerse levemente. Daba la impresión de no gustarle demasiado el tema. Pero respondió:

—Sí, claro.

— ¿Te gusta devorar carne humana?

—No... no sé. Nunca la probé antes. Ni tampoco me he apareado. No sé nada de sexo. Soy virgen. Y no he devorado a nadie. Pero lo haré esta noche, ante el dios Ossag.

—Entiendo. ¿Quién es el dios Ossag? ¿Tiene más poder que Ishtar?

—Tiene más poder que todos. Nadie ha visto quién es o cómo es. Sólo los que son arrojados a la sima durante el rito sagrado. Pero esos son devorados por Ossag y no pueden decir nada a nadie. Es el supremo poder. La Diosa Ishtar lo venera.

— ¿Qué ocurrirá esta noche, si no te gusta aparearte así y no te complace nuestra carne, Lauria? —quiso saber Roy, mirándola fijamente.

La joven oficial lesba volvió a estremecerse. Miró en torno, como si seguir aquella conversación pudiera ser algo delictivo. Su tono fue algo inseguro:

—Me gustará —dijo—. Tiene que gustarme. Es la ley.

—Una ley es una cosa. La ciega obediencia es otra, Lauria. Todo ser

vivo e inteligente tiene derecho a elegir por sí mismo lo que le guste o no, sin imposiciones. Esa es la auténtica libertad del ser viviente, del humano o del animal, no importa quien sea. Tú eres humana. Debes ser libre, no sometida ni esclava.

—No hablemos más —cortó Lauria vivamente, con tono tajante—. Si necesitas algo, pídemelo. Pero no puedo discutir esos temas contigo. La Diosa ordena. Los demás obedecemos.

—Y así hará de ti lo que ella quiere: otro monstruo, otra hembra sojuzgada, cruel y perversa, que se nutre de carne humana, que se aparea con machos como una bestia sin sentimientos. Lauria, existe algo llamado amor, se puede amar a otra persona sólo porque uno lo desee, sin órdenes de nadie. Y cuando se ama, no se daña. Se respeta al ser amado, se le quiere, se le defiende si es preciso. ¿Viste a mis camaradas? Ellos descubrieron que se amaban. Y nadie podrá evitar ya, ni siquiera tu diosa, que mueran así, amándose por encima de todo y de todos.

— ¿Y tú? —preguntó Lauria, deteniéndose un momento para mirarle—. ¿No amas a nadie, extranjero?

—No. En mi mundo no quedó nadie vivo a quien amar. Y tú eres la primera mujer a quien veo fuera de mi planeta que me guste realmente. Lauria, si siguieras siendo como eres ahora, virgen de maldades y de perversiones... te amaría a ti, lo sé.

Esta vez, la mirada de ella se fijó en Roy asombrada, incrédula. Él la vio temblar de pies a cabeza, más pálida aún que de costumbre. Luego enrojeció. Y se alejó a toda prisa, caminando veloz por la amplia sala, hasta desaparecer.

Roy se quedó a solas de nuevo con sus pensamientos. Sólo que ahora en éstos se mezclaba la imagen de una joven lesba de cabellos rojos y grácil figura, una jovencita aún no contaminada con la religión perversa y satánica de Ishtar. Pero que en breve, aquella misma noche, sería iniciada en la más obscena y macabra de las ceremonias imaginables, rompiendo así su pureza, para convertirla en una despiadada guerrera más de las hordas crueles de la Diosa—Araña.

Eso era malo. Pero peor era aún para él saber que, tras la muerte horrible del caudillo zaire Gotz, él mismo formaba parte de quienes aguardaban como víctimas el siniestro ritual.

No podía hacer nada por evitarlo. De allí no había escapatoria posible.

10

Era difícil calcular el tiempo dentro de aquella esfera de gas pesado. Roy no tenía la menor noción de las horas transcurridas. No es que el tiempo de Medas o de cualquier otro planeta de la galaxia tuviera nada que ver con el tiempo terrestre pero al día sucedía una noche, y eso sí era igual en todas partes.

Esa noche, en los dominios tenebrosos de Ishtar, iba a ser particularmente significativa. Era la noche del ritual ante Ossag, el Dios supremo. El sacrificio final de Gotz, el caudillo zaire. Y la iniciación de Lauria.

Roy pensaba en todo eso con rabia mal contenida, sabedor de su total impotencia para escapar de allí, para intentar cosa alguna con un mínimo de posibilidades. Por el contrario, sería obligado a presenciar como testigo la horripilante escena, sin medio alguno para evitar lo que allí sucedería. Lauria había hablado de un dios oculto en un agujero, en una sima a la que eran arrojadas las víctimas. Él pensaba más bien en alguna especie de espantosa criatura capaz de alimentarse, como las propias mujeres caníbales, de carne humana...

Pasaron varias patrullas de lesbas con intervalos regulares, en su misión de vigilancia. Inesperadamente, Lauria reapareció al otro lado del muro cóncavo de material cristalino que le separaba de la libertad. Se aproximó a él, cautelosa, tras una larga mirada en torno suyo. Parecía obrar con cierta clandestinidad.

—Roy —murmuró—. ¿Hablabas en serio antes?

— ¿Cuando te dije que podía enamorarme de ti? —él la miró—. Sí, Lauria. Muy en serio. ¿Por qué lo preguntas?

—Nadie me dijo nunca nada parecido. Sólo las mujeres, pero no un hombre. Los zaires nos odian. A mí, sin embargo, mis compañeras no me atraen. No siento afecto por ellas, ¿entiendes?

—Claro. No eres como ellas —rió Larkin—. Eres normal, Lauria. Eso es una gran cosa. No podrán pervertirte si tú no quieres. Tampoco te gustaría probar carne humana, lo sé. Ni aparearte con un macho en un acto puramente animal, para tener hijas. Ni ver cómo asesinan a un hijo si es varón.

—Lo que no quiero es verte morir a ti —susurró Lauria pegada a la esfera de vidrio—. Te voy a liberar.

— ¿Qué? —Roy la miró, incrédulo—. No puedo creerte.

—Lo haré. Tienes que salir de aquí en seguida, escapar de alguna forma. Si te cogen y dices que te ayudé, lo negaré. Diré que hubo una avería en tu celdilla, que escapaste.

—No me conoces bien, Lauria. Negaré siempre que tú tengas algo que ver en eso. Pero ¿y mis compañeros?

—No puedo hacer nada por ellos, lo siento. Sólo por ti, jugándome

mucho en ello.

—Lo sé. ¿Por qué por mí precisamente?

—Dijiste que me amarías si fuese igual que soy ahora.

—Es cierto. Me costará muy poco amarte. Y más después de esto. Pero ¿cómo huir de este lugar, aunque me liberes de esta celda de cristal?

—Tengo los medios —aseguró Lauria—. Vamos allá. Fingiremos una evasión.

Introdujo una especie de llave plana, cristalina, en alguna parte. El gas pesado escapó sibilante. Recuperó el control de sus músculos. Pudo ponerse en pie dentro de la cápsula. Los demás le miraban, expectantes, desde sus celdillas transparentes.

Lauria volvió a girar la llave. La esfera se abrió en dos. Roy pudo salir al exterior. Ella le tendió una daga corta de luz y un disco. Habló rápida:

—Ese disco es un teletransporte de Rayo Luxium. Te llevará lejos. Todas llevamos uno portátil encima, por cualquier contingencia. He inutilizado los del servicio de guardia. Tardarán en poderte seguir, Roy. Vamos, no tienes tiempo que perder. Esa daga puede convertirse en espada larga, a voluntad. Su fría luz congela a quien toca de inmediato. No puedo hacer más. Pronto, escapa. Yo...

Era tarde. Por dos puertas entraron en la gran sala circular dos patrullas de lesbas armadas de espadas de luz glacial. Una iba comandada por Mura, la otra por la propia comandante de las fuerzas, Pandora.

— ¡Traidora! —gritó ésta, avanzando rápidos ambos grupos hacia ellos—. ¡Sospechaba algo así de ti, víbora! ¡Eres indigna de la confianza que la Diosa puso en tu persona, maldita seas! ¡Serás sacrificada con todos ellos como castigo por tu traición!

— ¡Escapa, Roy, pronto! —gimió Lauria, intensamente pálida—. ¡Huye, por el amor de tus dioses! ¡Es tarde para mí, van a cogerme y castigarme, pero que este sacrificio no sea inútil!

—No lo será, te lo prometo —dijo roncamente Roy.

Y en vez de huir, fulminó a las dos lesbas más próximas con un mandoble de su arma de luz glacial, aferró con el otro brazo a Lauria, rodeándola firmemente el talle, la apretó contra sí, y enfundando su arma en la cintura, presionó el disco que su libertadora le diera.

Brotó de él un vivísimo haz de luz que le envolvió. Roy y ella quedaron sumergidos en su resplandor. Un segundo después, ambos habían desaparecido, mientras Pandora, furiosa, accionaba una y otra vez su propio disco de Rayo Luxium en vano. Con un juramento de cólera, en tanto los demás prisioneros sonreían en sus celdillas, se encaminó con sus fuerzas hacia la salida.

— ¡La Diosa se ocupará de vosotros, extranjeros! —clamaba—. ¡Y

sobre todo de ti, traidora! ¡Os encontraremos donde quiera que os ocultéis!

La luz cesó.

El relampagueo que les había envuelto durante un indeterminado período de tiempo, se extinguió de súbito. Las cosas tomaron forma a su alrededor.

Y supo que estaba a bordo del Wotan 2.

Miró, asombrado, en torno suyo. Había deseado mentalmente trasladarse precisamente a aquel lugar, el único seguro que conocía en Medas. Y allí estaba ahora. Era como si los deseos se cumplieran mediante una magia propia de cuento de hadas.

Lauria seguía a su lado, apretando su mano con fuerza, abrazada a él prietamente, con expresión amedrentada. La joven lesba parecía tan sorprendida como él mismo. Miraba los controles y computadoras de a bordo con expresión aturdida, sin saber exactamente dónde se encontraban.

—Roy... —musitó, parpadeando con aspecto de desorientación—. ¿Qué lugar es éste? ¿Adónde nos ha conducido el rayo luminoso transportador?

—Calma, Lauria —sonrió Roy—, Es un lugar seguro. Lo conozco bien. Pero respóndeme ahora a una duda que tengo: ¿es posible trasladarse con esa luz vuestra a cualquier sitio donde uno quiera?

—Sí —musitó Lauria—. La luz no hace sino recoger la orden mental de quien la utiliza, y sirve de vehículo de la materia hasta el lugar escogido. ¿Tú deseabas venir aquí?

—Así es. Esta es la nave con la que llegamos desde nuestro remoto mundo, Lauria. No es como vuestra luz. Pero puede desplazarme a través del espacio. Y eso es lo que vamos a hacer. ¿Crees que tus compañeras podrán seguirnos hasta aquí?

—De momento, sus instrumentos de luz transportadora no funcionan. Pero lo conseguirán pronto, gracias a la Diosa. Ella puede activarlos de nuevo, gracias a su control sobre la Torre Omnia.

—La Torre Omnia... —asintió Roy Larkin—. La vi desde mi encierro. ¿Es ese negro torreón situado junto al palacio Aracnia?

—Sí. Dicen que dentro está la energía que mueve todo el poder de Ishtar. Nadie, salvo ella misma, ha entrado allí jamás.

—Entiendo. Creo que mi idea sobre los hechos es la más aproximada a la realidad: vuestra Diosa no es tal. Sólo una mujer que posee unos poderes especiales. No los posee su mente ni su cuerpo. Recurre a una fuerza desconocida, una energía que ella domina y controla, como muy bien has dicho.

Y esa fuerza está oculta en la Torre. Puede ser una fuente de poder aparentemente sobrenatural, que convierte en Diosa a una vulgar mujer. O a una mutante. Del mismo modo que puede trasladar

a distancia la materia, viva o inanimada, gracias al Rayo Luxium, es capaz de mostrar sus facultades superiores gracias a una fuente de energía similar o idéntica a la que produce el Rayo Luxium. Y toda esa fuente, el origen de su fuerza, tiene que estar necesariamente dentro de la Torre Omnia.

—Puede ser. ¿De qué te servirá todo eso, aunque sea cierto?

—No lo sé aún. Hago cábalas, simplemente. ¿Pueden seguirnos hasta aquí, Lauria? Eso es lo que me preocupa.

—Cuando Ishtar logre reparar los proyectores de luz transportadora, es posible que sí, siempre que Zadko la muestre el lugar exacto donde está emplazada esta nave.

— ¿Zadko? ¿Es un informador?

—Algo así. Ese computador—pensante puede mostrarle cualquier lugar que ella pida, a través de su pantalla. Si quiere saber dónde estamos, se lo pedirá a él. Y Zadko obedecerá, mostrándole el punto preciso donde nos hallamos, para que sus guerreras leales nos den alcance.

—De modo que si permanecemos aquí, acabaremos por ser cazados sin remedio.

—Eso me temo, sí —asintió Lauria, inquieta, mirándole con sus felinos ojos angustiados.

Roy la abrazó contra sí. Buscó sus labios. Los besó. El cuerpo semidesnudo de la virginal lesba se estremeció entre sus brazos, emocionado. Ella le devolvió el beso cálida, tiernamente. Su carne vibraba apasionada.

—Mi querida Lauria... —murmuró Roy—. Eso significaría tu muerte, sacrificada horriblemente por tus propias compañeras.

—Lo sé —sonrió tímidamente la joven guerrera—. No me importa ya. Nada me importa, Roy, si tú me quieres...

—Pero a mí sí me importa. No permitiré que, por culpa mía, tu maldita Diosa te aniquile bárbaramente en uno de sus monstruosos rituales. Vamos a partir de inmediato de este lugar. Tal vez en movimiento resultemos un blanco más difícil para las emisarias mortíferas de Ishtar, cuando esté resuelto su problema en los proyectores de luz transportadora.

—No sé si eso resolverá algo, la verdad. Nunca hubo ninguna nave parecida a ésta en todo el sistema de Songar. La realidad es que no hizo falta, existiendo como existe el Rayo Luxium.

—Lo imagino. En mi planeta nunca se logró proyectar la materia a distancia mediante un rayo transportador. No hay duda de que la fuente de poder oculta en la Torre Omnia debe de ser muy grande para haber conseguido algo así.

Se inclinó sobre los mandos, conectó los botones de disparo de los reactores de cola del Wotan 2, sobre los que se asentaba en ese

momento la nave espacial terrestre. Rugieron los tubos propulsores con fuerza, haciendo vibrar toda la nave. Los cuadros electrónicos señalaron el perfecto funcionamiento de todos los sistemas de propulsión de la nave.

Hizo sentar a Lauria en un asiento frente a los controles, asegurando su cuerpo con bandas de seguridad. Él mismo hizo igual, tras envolver su cuerpo semidesnudo en el único traje espacial de reserva que permitía llevar como lastre la nave cósmica en su reducido equipaje, especialmente reservado en su mayor parte a alimentos y compuestos hidratantes, así como a reservas de oxígeno.

— ¿Qué vas a hacer ahora? —se asustó ella.

—Viajar —sonrió Roy con energía—. Viajar hacia alguna parte, eludir a tus compañeras en lo posible... Y luego, antes de que sea demasiado tarde, intentar algo.

— ¿Algo para qué?

—Para salvar tu vida y la mía. Pero también para tratar de rescatar con vida a mis compañeros, a Gotz y a Yamog...

—Eso es imposible, Roy. Nunca lo lograrás. Nadie pudo vencer jamás a Ishtar... Y menos aún al dios Ossag...

—Yo lo intentaré —dijo el terrestre con decisión, mientras se aseguraba en su propio asiento, y la nave iniciaba su despegue desde el suelo del planeta Medas—. Y tengo una idea que tal vez resulte. Puede que fracasemos y sea el fin de todos. Pero sí llegase a triunfar... sería posiblemente la victoria definitiva sobre el maligno poder de Ishtar.

La nave despegó en ese momento, rugiente y poderosa. Se elevó sobre el suelo de Medas, en una formidable explosión de humo y fuego. Sus reactores nucleares impulsaron a la Wotan 2 hacia el cielo cuajado de estrellas y galaxias. Fue como un centelleo súbito, desgarrando la calma estelar del sistema de Songar.

Fue ganando altura por momentos. Luego, el piloto automático estabilizó la ruta de la nave, situándola en vuelo orbital en torno a Medas a la mayor velocidad de crucero posible en aquellas circunstancias.

Roy desprendió momentos más tarde las correas de seguridad. Lauria y él quedaron en libertad de movimientos dentro de la cabina de la nave. Fascinada, la joven guerrera contemplaba el espacio exterior a través de la pantalla central, como si no diera crédito a sus ojos.

—Estamos viajando en el cielo, y nos es posible seguir ese viaje con los ojos, Roy —murmuró.

—Así es. Esto no es la luz transportadora, pero también sirve para viajar. Más convencionalmente, aunque también con mayor belleza, puesto que te es posible admirar cuanto te rodea.

Se inclinó y pulsó un teclado del cuadro de mandos. Lauria preguntó:

— ¿Qué haces ahora?

—He conectado las pantallas deflectoras de la nave, por si son de utilidad.

— ¿Qué significa eso?

—Poseemos una especie de pantalla protectora invisible, de tipo magnético, que puede envolver la nave en una especie de caparazón hermético que rechace cualquier cuerpo llegado del exterior, desde un meteorito hasta una nave adversaria. Espero que ello sirva si tus compañeras pretenden llegar hasta aquí mediante el Rayo Luxium.

Fuera, en ese momento, hubo una serie de destellos violentos. La nave tembló, sacudida por una fuerza desconocida. Roy lanzó una imprecación, mirando hacia la pantalla. Lauria, asustada, se abrazó a él. El terrestre la rodeó con su brazo protectoramente, sintiendo contra su persona la cálida presencia del cuerpo femenino.

— ¿Qué es eso? —gimió ella, contemplando en la pantalla los chisporroteos que se producían a su alrededor, a corta distancia, conmoviendo la nave con sus sacudidas.

—Creo que he acertado —sonrió duramente Roy—. Son cuerpos que chocan contra las pantallas deflectoras de que te hablé. Sospecho que cada chispazo de esos es una mujer lesba que se estrella contra la protección magnética, siendo despedida en forma de descargas electromagnéticas. La luz transportadora no puede salvar esas pantallas invisibles, por suerte para nosotros. De otro modo, tendríamos ahora mismo una invasión de lesbas a bordo.

—Tengo miedo, Roy. Ishtar se enterará de eso, conocerá pronto el fracaso de su intento por introducir a sus soldados aquí. Se las ingeniará de alguna forma para penetrar a través de ese muro magnético, lo sé. Su poder es muy grande.

—Yo también me temo que acabe por vencer a las pantallas deflectoras de mi nave, Lauria, no me hago ilusiones. Pero si mi plan resulta, tal vez antes de eso podamos llegar hasta donde quiero.

— ¿Qué sitio es ese? Ninguno será totalmente seguro teniendo contra nosotros a Ishtar y sus poderes...

—Si las cosas son como yo pienso, hay un sitio, uno sólo en todo el sistema solar de Songar donde tal vez ella fracase.

— ¿Cuál, Roy?

—La Torre Omnia, su fuente misteriosa de energía y de poder.

11

Ishtar estaba furiosa.

Paseó rabiosamente por su salón del trono, dando vueltas en torno a la inmovilidad metálica y deshumanizada de Zadko, el computador —pensante.

— ¡Es absurdo!—gritó con tono airado, mientras su enorme capa flotaba en torno suyo como las alas desplegadas de un ser alado monstruoso, y el cuello en forma de patas de araña se ponía rígido y vibrátil—. ¡Un vulgar extranjero no puede derrotarme! ¡Mis guerreras tienen que penetrar en esa nave y dominar a los fugitivos!

—Lo siento, señora —manifestó con su metálica entonación Zadko —. Te he mostrado su nave en movimiento, describiendo órbitas en torno a Medas. Y has podido ver cómo varias de tus mejores patrullas de lesbas se estrellaban ante un muro invisible que circunda esa nave, convertidas en simples fogonazos, en destellos que se pierden para siempre en la nada. Ninguna de ellas regresará ya. Son sólo materia dispersa, simples electrones diseminados en el vacío al romperse el conducto luminoso que trasladaba su materia al punto de destino.

—Perdido casi un centenar de mis mejores guerreras... —jadeó Ishtar, lívida de ira, con sus ojos llameando como dos carbunclos—. ¡Lo pagarán caro! ¡Ese extranjero y la traidora maldita de mi oficial serán exterminados a toda costa, Zadko! ¡Quiero que la luz transportadora penetre en esa odiosa nave de una vez!

—Yo no puedo hacerlo, señora —se disculpó el computador—pensante—. No está a mi alcance. Tendrás que alterar la frecuencia de onda del Rayo Luxium. Es tarea sencilla para ti, tú lo sabes, señora. Por algo eres la dueña de la Energía Omnia.

—La Energía Omnía, sí... —las pupilas gatunas de la hermosa y diabólica mujer brillaron con malignidad astuta y cruel—. Ellos ignoran que puedo aniquilarles, pese a todo. No salvarán a sus amigos. Ni siquiera salvarán sus vidas. Voy a ocuparme de ellos ahora mismo.

—No puedes, mi señora —le recordó fríamente Zadko—. Mira la pantalla.

Ishtar miró la pantalla de su robot inteligente. Descubrió en ella la vasta plataforma rocosa asomada al abismo cortado a pico, negro e insondable. Sobresalía de la cima misma del Monte Shamm, sobre el vacío tenebroso. Era la plataforma de los sacrificios a Ossag, su dios.

A un lado, el abismo. Al otro, la fosa profunda, burbujeante, de cárdenos resplandores, en cuyo fondo anidaba la forma desconocida de Ossag, el Dios Devorador de Songar. Allí dentro terminarían sus vidas los sacrificados aquella noche ritual.

Ya esperaba el guerrero altivo, el caudillo Gotz, sujeto con férreas cadenas, tendido sobre la piedra negra. En torno suyo, aguardaban,

pálidos y silenciosos, los cautivos destinados a ser testigos del primer sacrificio: Kirk Orwell, Sheena Lane y el guerrero zaire Yamog. Tras ellos, como fondo inmóvil y hermético, docenas de guerreras lesbas en formación militar, sujetando sus espadas de luz glacial.

—Tienes razón —murmuró contrariada, apretando sus labios en rictus cruel—. Me espera la gran ceremonia. Después de poseer a Gotz y entregarlo a la cólera voraz de Ossag, tendré tiempo de acabar con esa nave y sus malditos ocupantes, Zadko. Vamos allá, es el momento del sacrificio.

Emprendió la marcha hacia la negra plataforma asomada al abismo. Tras ella, deslizándose, inmutable siempre, su computador—pensante rodó en silencio, como una máquina. Como si bajo su caparazón de metal no anidara una mente artificial, astuta y calculadora.

Sobre sus cabezas, en la altura, mezclándose con el fulgor de las estrellas en la noche del bárbaro ritual, un destello luminoso surcaba el cielo en vuelo orbital en torno al planeta Medas.

Era la nave Wotan 2, con sus tripulantes a bordo, rodeando aquel mundo una y otra vez, mientras nuevos destellos en tomo a su fuselaje, delataban el fin de otras mujeres lesbas, destruidas por las pantallas deflectoras, y condenadas así a la desintegración total y definitiva.

Roy Larkin contempló sombrío la pantalla de la nave.

Había aumentado al máximo la visual del planeta a sus pies. El acercamiento del objetivo de televisión de a bordo, señalaba la presencia del condenado Gotz y de los impotentes testigos del sacrificio nocturno, con relativa nitidez pese a la enorme distancia.

El joven astronauta, pálido, crispado, cambió una mirada con la angustiada Lauria.

—Hay que hacer algo. Ahora mismo —dijo.

—Sí, pero ¿qué, Roy? —se lamentó ella—. Hemos podido vencer el acoso de las mujeres lesbas. Pero no podemos evitar que esa ceremonia se lleve a cabo.

—Gotz no debe morir. Su caudillaje puede traer la paz a este planeta, permitir que los zaires sean unos vencedores justos y nobles que cambien el futuro del planeta Medas y de todo el sistema.

—Eso es imposible. Si bajamos para intentar rescatarle, seremos víctimas del poder de Ishtar.

—No había pensado en eso. Mi teoría es otra. Atacar a las guerreras o intentar el rescate de los prisioneros sería una locura condenada al fracaso.

— ¿Entonces...? —los hermosos ojos de Lauria le miraron sin entender.

Roy encajó las mandíbulas. Bruscamente, accionó los mandos de la

nave. Ésta sufrió una brusca alteración en su vuelo. Inició un descenso hacia el suelo, a la altura del casquete polar septentrional.

— ¿Qué haces? —se alarmó ella—. Parece que perdemos altura...

—Así es —Roy se aproximó a ella, tomando en una mano el disco de luz transportadora. Con la otra, aferró fuertemente a la joven—. No te sueltes de mí. Llegado el momento, desconectaré las pantallas deflectoras.

—Pero ellas nos invadirán entonces...

—No tendrán tiempo, si todo sale bien. Nosotros tampoco dispondremos de mucho para lo que me propongo. Por eso no debes soltarte de mí bajo ningún pretexto, Lauria. De otro modo, sería tu perdición.

— ¿Qué te propones?

—Una locura —sonrió duramente Roy Larkin—. Si fracasamos, todo se habrá perdido. La nave va a ser sacrificada, Lauria. Ello es como condenarnos los tres que vinimos a vuestro planeta a no volver a salir de él jamás. Espero que sea para bien nuestro sacrificio, y esto se convierta en un auténtico paraíso, y no siga siendo el infierno que ahora es.

Sin añadir más, los ojos de Roy se mantuvieron fijos en la pantalla, en los indicadores de altura y dirección, que iban marcando matemáticamente la ruta elegida por él en su desesperado intento final.

Lauria, en silencio, también seguía el descenso constante de la nave, cada vez más rápido. Se estaban aproximando a un punto concreto del planeta, a velocidad creciente, que pronto se hizo vertiginosa. La nave descendía, sibilante, perforando el aire de Medas como un cuchillo que desgarrase un velo invisible.

— ¡Nos estrellaremos, Roy! —gritó la joven, demudada.

—Si algo falla, desde luego —convino él fríamente—. Pidamos a Dios que no sea así. Al verdadero Dios de todo el Universo, no a las deidades falsas de este mundo demoníaco...

El descenso era ya fulgurante. Rugía el fuselaje, en fricción con la atmósfera, salvándose de arder y saltar en pedazos gracias al sistema refrigerador de la nave, contrarrestando la fuerza de aquel roce candente.

Lauria apretó fuertemente la mano de Roy. Éste, con la mirada fija en pantalla, vio aparecer el tenebroso palacio—fortaleza de Ishtar en la cumbre del negro monte, la erguida forma del torreón negro a su lado...

Y sobre ese torreón, como blanco elegido con matemática precisión, se precipitó violenta, rabiosamente, la forma del Wotan 2, convertida en un auténtico bólido, en un meteoro de metal afilado y punzante como el más devastador proyectil imaginable.

Justo cuando el impacto era ya inminente, cuando faltaban sólo tres segundos para el choque final en el indicador de a bordo, Roy concentró toda su mente en su acción, pulsó el disco del Rayo Luxium, apretando con más fuerza que nunca la mano de Lauria.

Y cerró los ojos, esperando el triunfo o el impacto devastador y mortal…

12

Ishtar se inclinó sobre el cuerpo indefenso y desnudo de Gotz, el caudillo zaire aprisionado entre las cadenas. Su cuerpo temblaba de deseo, sus ojos expresaban una lúbrica pasión no exenta de crueldad.

A su alrededor, las guerreras lesbas elegidas para el apareamiento, se preparaban también para gozar del cautivo antes de arrojar su cuerpo a la sima rugiente y luminosa en cuyo fondo palpitaba la fuerza desconocida de Ossag, el Dios Devorador.

Al lado opuesto de esa boca que parecía directamente abierta sobre el Averno, el vacío negro e insondable del abismo sin fin era como un límite con la nada absoluta.

—Gotz, orgulloso guerrero, goza y muere… —jadeó Ishtar, convulsa, clavando sus uñas en la carne vigorosa, hercúlea, mientras sus labios húmedos de deseo se contraían, pareciéndose cada vez más a la boca inmunda de una enorme araña voraz.

Gotz la miró con desprecio, forcejeó en vano, hinchados sus músculos, para no ser poseído por la Diosa—Araña en aquel rito provocado mediante drogas capaces de convertir al hombre más gélido en apasionado macho ardoroso.

Le era imposible escapar al deseo carnal provocado por la droga y el ritual, pese a toda su voluntad. Cedía por momentos, al aproximarse el instante del apareamiento forzado. Las hembras lesbas, en torno, iniciaban su orgía, ante la mirada de asombro e inquietud de los prisioneros forzados a ser testigos de la ceremonia.

En su sima llameante, Ossag elevó su rugido a tonos ensordecedores, acaso espoleados sus apetitos por las emanaciones sensuales del exterior, presagio del inminente festín para el dios bestial e ignorado.

Y justo en ese momento algo reventó, en medio de flamígero estallido, no lejos del lugar del ritual.

Ishtar lanzó un alarido largo, profundo, desgarrador, incorporándose fieramente, sus ojos dilatados, llameantes, su boca convulsa, su cuerpo temblando espasmódicamente.

Las mujeres guerreras olvidaron sus goces lésbicos, para mirar despavoridas en la dirección de donde llegaba el fragor de un estampido brutal, mezclándose con un fulgor deslumbrante, que se encendía en la noche invadiendo todo de roja luz dantesca.

La Torre Omnia reventaba en pedazos, tras recibir el impacto de la nave Wotan 2, y las llamaradas y chisporroteos se elevaban hacia el cielo estrellado, entre fragmentos desgarrados de metal negro y explosiones sordas y profundas en el interior del torreón de la desconocida energía.

— ¡Nooooo, malditos, eso no! —Aulló exasperada Ishtar, alzando

sus brazos temblorosos en el aire, como si con sus manos, crispadas como garras, pretendiera detener la catástrofe formidable que estaba arruinando la orgullosa torre negra de sus dominios—. ¡No podéis hacerme eso! ¡Mi poder... mi fuerza... mi energía!...

Cayó de rodillas, sollozando. Sus guerreras la contemplaban despavoridas. La luz gélida de sus espadas congeladoras se extinguió. Zadko estalló en pedazos, entre miríadas de chispas, con un gemido metálico que era casi humano, antes de convertirse en chatarra y pavesas...

Los prisioneros, incluido Gotz, eran mudos testigos de todo aquel horror repentino que no alcanzaban siquiera a comprender.

Junto al abismo, erguidos sobre la negra roca basáltica de la plataforma de rituales, aparecieron ahora, apretadas sus manos, como una visión sobrenatural, Roy Larkin y Lauria, contemplando cuanto allí sucedía.

—Te lo dije, Lauria —susurró Roy roncamente—. Era la Torre... Dentro de ella estaba todo el poder misterioso de esa falsa Diosa vuestra... Ishtar no era más que una criatura vulgar, dueña de una energía todopoderosa, contémplalo por ti misma...

Así era. Ishtar, la orgullosa y omnipotente Ishtar, caía encogida en la negra roca, empezando a producirse en ella una espantosa metamorfosis, una horrible alteración física. La mutante, desprovista de sus poderes, mostrábase al fin tal cual era a la vista de todas sus víctimas y vasallos...

El cuerpo hermoso, sensual, se cubrió de feo, oscuro e hirsuto vello erizado. Su epidermis sedosa desapareció en rugosa e informe piel negruzca. La bellísima faz malvada perdió toda su atracción seductora, la boca se tornó babeante, viscosa y repugnante, los ojos eran ya dos redondos globos rojizos y vidriosos, resaltando saltones en una nauseabunda cara peluda... Sus brazos y piernas ya no eran cuatro extremidades, sino ocho.

Toda ella, la bellísima Isthar, Diosa de Songar... era ahora una enorme, velluda y repulsiva araña gigante, que babeaba convulsa en medio de la plataforma, tratando de huir.

En su desesperado intento de fuga, pasó cerca de Kirk y de Sheena. Ellos actuaron deprisa. Sus pies golpearon a la repulsiva forma del arácnido gigantesco. Éste perdió equilibrio, rodó sobre la piedra resbaladiza, justo al borde de la sima rugiente de Ossag.

Cayó al precipicio de forma inevitable. Oyeron una especie de alarido, mitad humano mitad animal, escapando de las fauces del horrible arácnido que antes pareciera una mujer.

Abajo, muy abajo, en el fondo de la fosa, algo gorgoteó maligno, se apagó el grito, hubo una especie de sordo chapoteo, de una succión repugnante y breve...

Luego sobrevino el silencio.

Ossag había obtenido al fin su festín, aunque no era el esperado. La araña mutante, la omnímoda Ishtar, había sido engullida por su propio dios.

—Creo que todo ha terminado —dijo Roy contemplando a las despavoridas guerreras lesbas, que contemplaban aún la sima de Ossag, sin comprender el horror de lo sucedido—. La Diosa no existe. Ahora, este planeta es libre. Y sus gentes también.

Llegó junto al encadenado Gotz. Una pistola láser había caído de la cintura de Ishtar al convertirse en repugnante arácnido. La tomó, apuntando a los eslabones. Disparó una carga capaz de romper el acero. Gotz quedó libre sin daño. Las redes negras que retenían a Yamog ya no existían, desintegradas al agotarse el poder de Ishtar. Fue a abrazar a su jefe.

Las guerreras se arrodillaron sumisas, vencidas, ante Roy y sus camaradas. Ninguna tenía fuerzas para luchar. Era una rendición sin condiciones.

—Desde ahora, tal vez sea posible convivir en Songar —dijo Gotz con arrogancia, tendiendo su mano a Roy Larkin—. Gracias por todo, amigo. No castigaremos a las guerreras que deseen ser sólo mujeres. Puede que, desde ahora, en este mundo convivamos hombres y mujeres, creando hogares y teniendo hijos de no importa qué sexo.

—Así será, estoy seguro —sonrió Larkin—. La naturaleza hará el resto. Nosotros mismos estamos condenados a formar parte de vuestra propia existencia desde hoy. No podemos seguir viajando por el espacio.

—Ni tal vez merezca la pena —dijo Kirk, abrazando a Sheena con fuerza—. Hemos encontrado un mundo habitable, ¿no? Y amigos... Es un lugar tan bueno como cualquier otro, Roy.

—Sí, creo que tenéis razón —sonrió Larkin abrazando a Lauria contra sí—. Tan bueno como cualquier otro...

— ¿Y... eso? —preguntó Sheena, señalando la sima ardiente donde yacía el desconocido Ossag.

—No sé lo que pueda ser —confesó Roy—. Tal vez sólo una criatura voraz que necesita alimentos para sobrevivir. O quizás un dios. Desde hoy, sólo recibirá un festín: los muertos que deseen un final así o los animales sacrificados. Ningún sacrificio humano. Eso se ha terminado para siempre en Medas.

—De ello te respondo yo —confesó Gotz solemne—. Nuestro mundo será un mundo de paz. Y si esa bestia, cosa o lo que sea, pretende algo distinto, lucharemos contra ello hasta su exterminio.

—Creo que es una buena idea. Tendrás mi apoyo cuando eso suceda. Pero no creo que Ossag, sea lo que sea, salga jamás de su fosa. Se conformará con animales muertos cuando no haya otra cosa. La

carroña la devoraban en mi planeta las aves de rapiña. Aquí, esa será la tarea de Ossag, le guste o no. Hemos de aprender todos a no tenerle miedo a nada, humano o divino. Somos libres desde hoy. Y la libertad hay que defenderla día a día contra todo y contra todos los que proyecten secuestrarla. Esa es la gran lección que debemos aprender.

—Tú nos has enseñado la lección, extranjero —sonrió Gotz—. Te demostraremos que la hemos aprendido sobradamente, te lo prometo. Palabra de Gotz, jefe de los zaires.

—Confío en ti y en tu pueblo. Ahora sois dueños de vuestros destinos. Seré muy feliz de colaborar contigo en cuanto sea preciso.

—Colaborar, no —negó Gotz—. Entre todos gobernaremos nuestro propio mundo. Vosotros tres ya sois de los nuestros. Unidos, creo que haremos de este planeta un mundo distinto.

—Ojalá sea así —suspiró Roy Larkin pensativo—. He oído decir muchas veces cosas así en mi propio mundo. Y ahora ya no existe por culpa de la estupidez humana. Creo que esa lección también debo enseñárosla en este lejano mundo. Para que nunca, nunca lleguemos a olvidarlo, en bien de todos…

FIN

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.